

LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 12 DE OCTUBRE DE 1870.

NÚM. 19.

SUMARIO.

TEXTO. — Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores. — Carta de Renan á Strauss. — En las éras, por D. Pedro María Barrera. — Costumbres del siglo XVII, por D. Julio Monreal. — En el cuerpo de un amigo, novela diabólica (conclusion), por don José Fernandez Bremon. — La gruta (poesia), por D. Federico Montañas. — Tradiciones madrileñas, por D. Joaquina Tanco y Benedicto. — Barcelona, por D. Roberto Robert. — Teatros, por D. Antonio Sanchez Perez. — Don Valeriano Domínguez Bequer, por D. R. E. G. — Offenbach. — Entrada de las tropas italianas en Roma. — Crecida del río Turia.

GRABADOS. — Offenbach, dibujo de D. Alfredo Peres. — Recuerdo á Bequer, por D. Martín Rico. — Don Valeriano Bequer, dibujo de D. Alfredo Peres. — Entrevista del rey de Prusia y Napoleón III, dibujo de D. F. Pradilla. — Entrada de las tropas italianas en Roma, del mismo. — Iglesia de San Onésimo en Donchery, hoy hospital de franceses heridos en la batalla de Sedan, dibujo de D. Alfredo Peres. — Barcelona. Vista que en la actualidad ofrece el puerto nuevo, dibujo del Sr. Pellicer. — El bote salvavidas recogiendo los naufragos de los baños «La rosa del Turia», dibujo de D. R. Monreal.

ECOS.

¡Despierta, Versalles! ¡Veinte mil prusianos entran por tus puertas, llenan tus jardines, ocupan tu palacio, coronan, riéndose, con sus cascos puntiagudos las cabezas de tus mil estatuas de mármol, y hacen beber á sus desherrados caballos, cubiertos aún con el polvo de Woertz y de Sedan, en las fuentes encantadas donde miraban en otro tiempo sus pintados rostros las queridas de Luis XIV y los cortesanos de Luis XV!

¡Despierta, Versalles! ¡Forma en línea de batalla tus porteros de dorada librea, tus gentiles hombres casantes, tus mozos de café, tus pinches de restaurant y tus cicronis domingueros! ¡El rey Guillermo ha llegado! Su séquito no viste ricas telas bordadas con sederías de colores, ni trae collares de piedras preciosas, ni sombreros con pluma rizada, ni espadines con guarniciones

de perlas y diamantes, ni casacas de terciopelo y botanaduras de cincelado acero en ellas, ni viene como en zancos sobre empinados tacones rojos. Su comitiva es de soldados descalzos, vestidos con uniformes de harapos. De soldados consumidos por la fiebre y la fatiga; pero de aspecto y mirada feroz. ¡Los ginetes están cubiertos de lodo y de sangre hasta la rodilla; los caballos de sangre y lodo hasta las cinchas!

¡Desgraciado Versalles, en vano cierras las puertas

de las casas, y las ventanas, y los balcones; en vano dejas las calles solitarias y esperas desarmada y en silencio! ¡Veinte mil hijos del gran Federico van á sentarse hoy á tu mesa! ¡Dentro de dos horas no quedará una flor en tus jardines, ni una cacerola en tus cocinas, ni un manojito de rábanos en tus despensas! ¡La sombra del Bismarck de Luis XIV va á recibir una leccion de economía y sistemas tributarios del Colbert del rey Guillermo!

Pero... ¡Oh profanacion! ¡El futuro emperador de Alemania, despues de saciar su apetito, descienéndose el sable y quitándose las botas, mete sus victoriosas pantorrillas entre las escandalizadas sábanas del augusto lecho de Luis XIV!

Y... ¡Dormirá tranquilo en aquel lecho, trono en otro tiempo del placer, y ahora de la venganza!

¡Pues no!... ¡Tan tranquilo como hoy les es dado dormir á los reyes!

Fasó ya el tiempo en que se establecian comunicaciones de un punto á otro por parejas de guardias civiles.

Hoy se establecen por parejas de pichones. Así se ha establecido en Francia entre varios puntos ocupados por los prusianos, segun dicen los diarios de la vecina república.

¡Pobres animalitos, puestos al servicio de la guerra y de la muerte! ¡Ellos, tan inocentes é inofensivos, llevando bajo el ala órdenes de matanza y de exterminio! ¡Ellos elevados á la categoría de ayudantes de campo de Bazaine ó de Trochu! ¡Ellos colocados por el gobierno francés en el escalafon oficial y en la guía de forasteros!

Alguna vez al caer de la tarde, cuando de pechos en el balcón festoneado de calada piedra, veia la hermosa castellana perderse á lo léjos las nubecillas doradas por el sol y miraba en el horizonte con esa mirada sin limites del deseo y la esperanza, un eco terrible y funesto la hacia palidescer: el señor del castillo



OFFENBACH.

tiraba á las palomas desbandadas. Desgraciado el mensajero de amor!

Dedúcese de esto que el oficio de cartero es antiguo entre pichones, y que estos han sido siempre víctimas de su celo por el servicio.

La guerra franco-prusiana ha dado tal importancia y extensión á este ramo, que ya propiamente un palomar no es un palomar, sino una administración de correos.

Sin embargo, esos carteros con alones no tienen el monopolio de la correspondencia pública.

El globo hace hoy en Francia las veces de *silla-correo*.

Pero el globo admite además viajeros.

Uno de estos últimos días los prusianos que cercan á París, vieron elevarse y tomar rumbo hacia la parte de Tours un globo de grandes dimensiones.

—Algun gimnasta, debieron decirse.

—No precisamente; era el ministro de la Gobernación de Francia, que se trasladaba á la capital interina por los aires con una modestia y sencillez verdaderamente republicanas.

¡Atención! ¡Acercáos al vidrio del telescopio y mirad! ¡Es un globo! ¡Es *L'Intrepide*! Allí va Mr. Nadar! ¡Qué hombre éste! ¡Nació por su apellido para el agua y sólo vive á gusto en el aire!

L'Intrepide aparece suspendido en los aires á la distancia de millones de pies sobre la tierra, y resplandece herido por el sol como una gota de agua perdida en la inmensidad; las águilas en bandadas desaparecen bajo él; el iris se tiende rodeándole como una inmensa corona de bengalas, y el viento gime al estrellarse entre las mallas de seda de aquel gigantesco palacio, aérea nave que parece cruzar el infinito transportando almas al cielo!...

Nadar y dos subalternos de correos son los que llevan á cabo este viaje sublime, sumidos en esa melancólica tristeza que se apodera del funcionario público cuando se encuentra suspendido entre el cielo y la tierra; no pensaban ya en su querida y desgraciada patria; no pensaban en sus familias, que les lloraban quizás; no pensaban en el heroico sentimiento que les había arrojado á tal empresa. Sus afecciones habían caído sobre la tierra, sus pensamientos se elevaban al remontarse ellos y sólo pensaban en Aquel que derriba y encumbra los reyes y los pueblos, y cuya luminosa sombra creían distinguir á lo lejos, caminando bajo los fantásticos arcos y oscilantes bóvedas formadas por los ardientes celajes del horizonte!

De pronto Nadar lanza un grito... ¡grito indefinible de asombro, de placer, de terror, de ira!

Todos volvieron los ojos y siguieron la dirección que los brazos de Nadar marcaban... ¡A no lejana distancia vieron clara y distintamente otro enorme globo que en aquel momento aparecía, rompiendo majestuosamente una isla de nubes!

Después... los diarios franceses hablan de balas de cañon cruzadas entre un globo prusiano y *L'Intrepide*, de un combate aéreo terminado por un abordaje.

Esto es pura y simplemente la leyenda de un poeta! No: cuando ménos es una profecía.

Bismarck ha tenido en Reims una singular aventura. Al acostarse una noche encontró dentro de la cama un hermoso niño de seis meses.

Tenía la criatura sobre el pecho, á manera de relicario, una carta.

Abrióla el gran canciller y decía:

«Los prusianos han muerto á su padre; la madre no existirá mañana. Antes de morir os conía á su hijo. ¡Salvadle!»

Si Mr. Bismarck se hubiese encontrado en su cama al mismo Mr. Gambetta, no se hubiera quedado más perplejo.

El grande hombre de Estado ha hecho muchos diferentes papeles en su larga carrera política, pero no pensaba que el destino le pudiera tener reservado el de nodriza.

Un montón no detiene á una hormiga y un grano de arena la aplasta. Mr. de Bismarck no se había conmovido ante el campo de batalla de Sedan, y se conmovió ante aquella desgracia, oculta, perdida entre los infinitos detalles de la catástrofe de Francia.

Al día siguiente el niño era llevado á Berlín, adoptado por Bismarck, y pasaba bajo las ventanas de la casa de éste, el cadáver de la madre que se había ahorcado de aquellos hierros. ¡Pobre madre y pobre hijo!

Y... quién sabe, acaso esto no sea más que el prólogo de un drama.

En tanto que el rey de Prusia conquistaba á Sedan, un sabio inglés descubría un nuevo planeta, y lo señalaba con el número 112 de los *Asteroides*.

El uno conquistaba en la tierra y el otro en el cielo, aquel una ciudad y este una estrella.

La conquista del rey Guillermo puede ser destruida por otro ejército, pero la del sabio inglés será eterna; á lo más, podrá cambiar de número, como los huéspedes de un hotel, ó como los salvaguardias.

Para hacer la disección, ningún instrumento tan apropiado como el cuerno de cierto animal que, abandonando los cabestros, dió hace dos días una carrera desde el barrio de Salamanca hasta la calle de la Libertad, reconociendo los pellejos de los transeúntes por un procedimiento semejante al que usan los dependientes del resguardo para reconocer determinados objetos de consumo.

¡Que no ha de bastar al ciudadano de sentimientos humanitarios dejar de asistir á la plaza de toros en los días de lidia, sino que á la vuelta de la esquina ha de encontrarse de manos á boca con un nieto del matador de Pepe-Hillo!

¡Habrá que adoptar como traje de calle y de paseo el calzón y la chaquetilla de seda, recoger en el brazo el capote y salir de casa con la espada de puño colorado en la diestra y una fila de perros de presa por escolta!

Efectos de la union nefanda del laconismo telegráfico con un traductor poco conocedor de los medios de transporte hoy conocidos.

Leo en un diario:

«Thiers llegó sobre el mártir á San Petersburgo.»

¡En qué siglo vivimos! ¡Mr. Gambetta llega á Tours en un globo, y Mr. Thiers á San Petersburgo sobre un día de la semana!

Mr. Bismarck invita á las ciudades alemanas á reparar los destrozos causados por sus tropas en Strasburgo.

¡Ah, Penélope prusiano!

Y apropósito de sabios.

¡Creerán Vds. que uno de ellos recomienda muy seriamente, en un opúsculo que acaba de dar á luz en Dresde, que se conserven, en las habitaciones donde los hubiere, esos insectos que llamamos arañas?

¡Sorprende la relación que hace de las asombrosas y benéficas cualidades que tiene el insectillo, y cómo elogia su industria en la fabricación de sus alcazares de gasa, y cómo describe, y encamina, y admira su manera de trenzar y destrenzar los ténues hilos de sus flotantes hamacas.

¡Ah! Y dice que la araña es un barómetro excelente, pues alarga esos hilos cuando va á hacer buen tiempo y los acorta cuando este es variable.

Yo conozco una araña que vive en un rincón de mi despensa, gracias al carácter naturalmente filantrópico y benévolo de mi cocinera. Desde que supe la virtud barométrica que tiene aquel animalillo, le observo en los cambios atmosféricos.

Y he notado que cuando hace buen tiempo alarga los hilos y cuando llueve... los alarga...

El único barómetro seguro que he conocido, es un vejete que tengo: el día en que ha de llover, me pide con tres horas de anticipación que le preste mi paraguas.

Una correspondencia de Edimburgo nos dice que el día 7 de este mes seis damas inglesas estaban ocupadas en hacer la disección de un cadáver en una sala del colegio de medicina.

¡Un cadáver! ¡Qué contraste! Unas manos blancas dejan sobre el mármol un pañuelo bordado y unos guantes que perfuman la estancia. La dama retira hacia atrás las finas hebras de sus cabellos, que flotan sobre su rostro encantador, y tomando el escultelo toca en el corazón del insensible cuerpo.

Para una mujer desde hoy la historia de una pasión tendrá tres capítulos: matar á un hombre con una mirada de amor; hacer la anatomía del cadáver; y por último, diseccarle.

Aun á este precio, ¡quién no desearía figurar en la historia del amor de algunas mujeres!

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

CARTA DE RENAN Á STRAUSS.

Nuestros lectores conocen ya el notable estudio ó discurso filosófico-político de David Federico Strauss, sabio maestro de la universidad de Heidelberg, publicado, en forma de carta dirigida á Mr. Ernesto Renan, con motivo de la guerra franco-alemana. Hé aquí de qué manera le contesta el libre pensador francés, erudito catedrático de la Universidad de París.

Señor y sabio maestro:

Vuestras elevadas y filosóficas palabras han llegado, al través de este arrebato infernal, como un mensaje de paz y de consuelo, al ménos para mí, que debo á Alemania cuanto más amo en el mundo: la religión y la filosofía.

Estaba yo el año 1843 en el seminario de San Sulpicio, y allí comencé á comprender lo que era vuestro país, estudiando á Herder y á Goethe. Creí entonces que entraba en un templo, y, á partir de aquel momento, todo cuanto me había parecido una pompa digna de la divinidad, se presentó ante mi vista como una colección de flores de papel, pintadas y marchitas. Esta guerra—ya lo ha declarado al comenzar las hostilidades—me llena de dolor, primero por las espantosas calamidades que necesariamente ha de traernos, y después por los odios é injusticias que suscitará, y por los obstáculos que ha de oponer al desenvolvimiento de la verdad. La gran desgracia del mundo es que Alemania y Francia no se comprendan una á otra, y que esta falta de inteligencia naturalmente ha de agravarse hoy. No se combate el fanatismo mediante otro fanatismo opuesto. Seguramente pasará la guerra y nos encontraremos después de ella en presencia de espíritus empuñados por la pasión, que admitirán muy difícilmente, ó rechazarán quizás, nuestra serena independencia.

Vuestras ideas y vuestras apreciaciones históricas sobre el desarrollo de la unidad alemana, son perfectamente razonables y justas. Cuando recibí la carta que tengo la honra de contestar, me ocupaba en escribir un artículo para la *Revisita de Ambos Mundos*, y en él establecía fundamentos análogos á los vuestros. Es claro que, una vez rechazado el principio de la legitimidad dinástica, no se puede dar una base á las limitaciones territoriales sin admitir el derecho de las nacionalidades, es decir, los grupos naturales determinados por la raza, la historia y la voluntad de los pueblos. Así, pues, si hay alguna de esas nacionalidades que merezca el nombre de legítima, y que tenga condiciones para existir con entera independencia, es seguramente la nacionalidad alemana. Alemania posee el mejor de los títulos, quiero decir, una representación histórica de primer orden, un alma, una literatura, hombres de genio y una concepción particular de las cosas divinas y humanas. Alemania hizo la revolución más importante de los tiempos modernos—la Reforma.—Al cabo de un siglo realizó el más bello de los progresos intelectuales que había tenido; progreso ó desenvolvimiento que, si me es lícito decirlo así, añadió un grado más á la profundidad y extensión del espíritu humano.

Todas las personas instruidas y todos los hombres exentos de preocupaciones y rutinas, debían conocer que tan grande fuerza intelectual y una moralidad y formalidad tan grandes, estaban destinadas á producir un movimiento político análogo, y que cobraría, en el orden exterior, material y práctico, la importancia que adquiría en el orden de las ideas. Lo que cooperaba ó daba más fuerza á los legítimos votos de Alemania, es que la necesidad de la union se consideraba allí como una medida de precaución, justificada por las deplorables locuras del primer imperio; locuras que los franceses ilustrados reprobaban tanto como los alemanes.

Quiero esto decir que en 1836—hablo en nombre del pequeño grupo de liberales sinceros—acogíamos con gran alegría la union alemana y su carácter de potencia de primer orden. No nos complacía á los franceses más que á los alemanes ver este grande y feliz desenvolvimiento realizado por el ejército prusiano. Vos habéis expresado, mejor que nadie, cuánto falta para que Prusia sea Alemania; pero no importa, nosotros tenemos respecto de este particular un pensamiento que, según yo creo, vos aceptaréis; conviene á saber: que la unidad alemana, después de hecha por Prusia, ó á pesar de hacerla por Prusia, absorberá á este Estado: es ley general que toda levadura desaparece en la pasta á quien hace fermentar. La arrogante pedantería que algunas veces veíamos con disgusto en Prusia, se extinguirá así poco á poco, sustituyéndole el espíritu alemán con su

maravillosa amplitud, con sus poéticas y filosóficas aspiraciones. Cuanto pudiera haber de antipático para nuestros instintos liberales en aquel país feudal, medianamente parlamentario, dominado por una nobleza de estrecha ortodoxia y llena de preocupaciones, nosotros lo olvidábamos, como vos lo olvidabais, para no ver en lo porvenir más que la Alemania, es decir, una gran nación liberal, destinada á influir decisivamente en las cuestiones políticas, religiosas y sociales, y quizás también llamada á realizar lo que nosotros hemos querido hacer en Francia sin resultado favorable hasta ahora: la organización científica y racional del Estado.

¿De qué manera se han desvanecido estos sueños? ¿Cómo ha venido en pos de ellos la más amarga realidad? Yo he explicado antes de ahora mis ideas respecto de este punto; bélas aquí en dos palabras: Puede extenderse tanto como se quiera el capítulo de cargos contra el gobierno francés; pero será injusto olvidar lo que ha habido de reprehensible en la conducta del gobierno prusiano. Vos sabéis que los planes de Mr. de Bismarck se comunicaron en 1873 á Napoleón III que, en suma, se adhirió á ellos. Si esta adhesión se fundaba en el convencimiento de que la unidad alemana era una necesidad histórica y que se deseaba hacerla mediante la amistad de Francia, Napoleón III tuvo razón mil veces. Un mes antes de comenzar las hostilidades en 1870, Napoleón veía y deseaba el triunfo de Prusia. Desgraciadamente, la perplejidad y la serie de actos sucesivamente contradictorios perdieron al emperador en esta ocasión como en muchas otras. La victoria de Sadowá estalló sin que nada se hubiera convenido. ¡Volubilidad inconcebible! Extraviado por las fanfarronadas del partido militar y confundido por los ataques de la oposición, el emperador se dejó arrastrar hasta el punto de ver un fracaso en aquello que debía ser para él una victoria, y que, en último resultado, el había querido y buscado.

Si el éxito lo justifica todo, el gobierno prusiano está completamente absuelto; pero nosotros somos filósofos; nosotros tenemos la inocentada de creer que el que ha librado bien puede haberse equivocado. El gobierno prusiano solicitó y aceptó la alianza secreta de Napoleón III y de Francia. Aunque nada se estipuló, debía aquel á Francia y al emperador testimonios de gratitud y de simpatía. Uno de vuestros compatriotas, que tiene ahora contra Francia más pasión de la que yo quisiera ver en un hombre sincero, me decía, en la época de que se trata, que Alemania debía á Francia mucho reconocimiento por la parte real, aunque negativa, que ésta tomó en su fundación. Dejándose llevar de un consejo orgulloso, que producirá en lo porvenir desagradables consecuencias, el gabinete no lo comprendió así. Ciertos engrandecimientos territoriales, tratándose de una nación fuerte ya de 30 á 40 millones de habitantes, tienen poca importancia; la adquisición de Niza y Saboya ha sido para Francia menos útil que deplorable. Es lastimoso, sin embargo, que el gobierno de Prusia no haya aminorado el rigor de sus pretensiones en el asunto del Luxemburgo. Cedido éste á Francia, Francia no es más grande ni Alemania más pequeña; pero esta concesión insignificante habría bastado para acallar la opinión superficial, que, en un país de enfriamiento universal, debe ser atendida. En el castillo más grande de las Cruzadas que existe aún en Siria, el *Kilual-el-hon*, se lee, en bellos caracteres del siglo XII, y sobre una piedra del centro de las ruinas, la inscripción siguiente, que debería grabar sobre su escudo la casa Hohenzollern:

*Sit tibi copia
Sit spes optata,
Porvenire deus;
Desinat omnia,
Sola superbia
Si consistat.*

En las causas ajenas á la guerra cualquier espíritu imparcial encontrará iguales los reproches que respectivamente merecen Francia y Prusia. En cuanto á sus causas inmediatas, en cuanto á este deplorable incidente diplomático, ó más bien este juego cruel de vanidades heridas que, por vengar mezquinas quejas de la diplomacia, se desencadenando los vientos contra la humanidad entera, vos sabéis cómo pienso.

Estaba yo en Tromsø, donde el más espléndido paisaje nevado de los mares polares me recordaba las islas de los Muertos de los antiguos celtas y germanos, cuando llegó hasta mí tan horrible noticia. Nunca he maldecido como aquel día la suerte fatal que parece condenar á nuestro desgraciado pueblo, conducido siempre por la ineptitud, la presunción y la ignorancia.

Esta guerra, digase lo que se quiera, podía haberse evitado. Francia no la quería. No se debe juzgar de las cosas por las declamaciones de los periódicos y de los

habladores callejeros. Francia es profundamente pacífica: sus preocupaciones parecían reducidas á especular con los grandes elementos de riqueza que posea, y á desentrañar las cuestiones democrático-sociales. Luis Felipe había visto este punto con muy buen sentido. Conocía que Francia, con su incurable herida,—la falta de una dinastía ó de una constitución universalmente aceptada—no podía hacer una guerra grande. La nación que ha cumplido su programa y espera la igualdad, no sabría luchar con pueblos jóvenes, llenos de ilusión y en todo el ardor de su desenvolvimiento. Creedme: las únicas causas de la guerra son la debilidad de nuestras instituciones constitucionales, y los consejos dados al emperador por los militares presuntuosos y los diplomáticos ignorantes. El plebiscito no significa nada: al contrario, esta extraña manifestación, esta prueba ficticia de que la dinastía napoleónica había arraigado en las entrañas del país, debía hacer creer que el emperador se alegraría cada vez más de la conducta que siguen los jugadores desesperados. El hombre que posee grandes bienes territoriales, no debe parecer menos expuesto á arriesgar su fortuna á la suerte de una carta, que aquel cuya riqueza es problemática. ¡Cuántas cuestiones que interesan á la pobre humanidad hay que resolver y no se resuelven nunca! Ha habido alguna vez odio nacional semejante al que por espacio de seis siglos se profesaron Inglaterra y Francia? Hace 35 años, reinando Luis Felipe, subsistía este odio aún; todos pensaban que no podría concluir más que en una guerra; después ha parecido el sólo, como por encanto.

Los liberales ilustrados y sinceros sólo han tenido un deseo así que llegó la hora fatal: ver concluido lo que no debía haber comenzado. Francia habrá cometido mil veces la torpeza de aparentar que quería oponerse á las evoluciones interiores de Alemania, pero Alemania cometería una falta no menos grave si atentara contra la integridad de Francia. Si lo hiciera para destruir á Francia, nada mejor concebido que semejante plan; mutilada Francia se vería rodeada de convulsiones interiores, y perecería indudablemente. Aquellos que, como varios compatriotas vuestros, piensan que Francia debe borrarse del mapa de las naciones, son lógicos y consecuentes pidiendo su empequeñecimiento; saben de sobra que este empequeñecimiento sería su fin; pero los que, como vos, creen que Francia es necesaria para la armonía del mundo, deben pesar las consecuencias que vendrían en pos de cualquier desmembramiento. Yo puedo hablar con imparcialidad. He estudiado toda mi vida para ser tan buen patriota como los hombres honrados deben serlo; pero al mismo tiempo he sabido librar del patriotismo exagerado, que es para mí fuente ó origen del error. Mi filosofía, además, es el idealismo: dónde yo veo el bien, la belleza y la verdad, allí está mi patria. Sólo en nombre de estos intereses y de estos principios eternos deploraría yo que Francia no existiera. Francia es necesaria como una protesta contra el pedantismo, el dogmatismo y el rigorismo estrechos. Vos, que habeis comprendido tan bien á Voltaire, debéis conocerlo así. La ligereza que se le echa en cara es en el fondo seria y honrada. Tened por cierto que si nuestro carácter, con sus cualidades buenas y malas, desapareciera, la conciencia humana padecería indudablemente. La variedad es necesaria, y el primer deber del hombre que, con un corazón verdaderamente piadoso, procura penetrar los designios de la divinidad, es sufrir y aún respetar los órganos providenciales de la vida espiritual de la humanidad que le son menos simpáticos. Vuestro ilustre Mommsen, en una carta que nos ha entristecido algo, comparaba hace poco nuestra literatura á las aguas cenagosas del Sena, y quería preservar de ella al mundo, como si se tratara de un veneno. ¡Ah! este austero sibio conoce sin duda nuestros periódicos satíricos y nuestro estúpido teatro bufo. Detrás de esta literatura *charlatanesca* y miserable que aquí, como en todas partes, entretiene y agrada al vulgo, hay una Francia muy ilustrada, diferente de la Francia de los siglos XVII y XVIII, de la misma raza, sin embargo, y hombres del más alto valor y de la formalidad más completa. Os inclináis á creer que las sanas ideas germánicas se difundirían bajo el influjo de ciertas medidas radicales; desengañaos. Esta propaganda quedaría entonces entorpecida; el pueblo se engolfaría con rabia en sus rutinas nacionales y en sus defectos característicos.—Tanto peor para él,—dirán vuestros exaltados.—Tanto peor para la humanidad,—replicaré yo... La supresión de un miembro cualquiera hace padecer á todo el cuerpo.

La hora presente es solemne. En Francia hay dos corrientes, ó va por dos corrientes la opinión. Los unos discurren así: Acabemos esta odiosa partida cuanto antes; cedámoslo todo, la Alsacia y Lorena; firmemos la

«paz; después, guerra á muerte, preparativos sin término; alianzas con cualquiera, esa quien sea; complacencias sin límites para las ambiciones rusas; un solo objeto, una sola mira para lo porvenir; guerra de exterminio á la raza germana.—Otros dicen: «Salvemos la integridad de Francia; desenvolvamos las instituciones constitucionales; reparemos nuestras faltas, no acordándonos de buscar el desquite de una guerra en la cual hemos sido injustos agresores, sino concertando una alianza con Alemania ó Inglaterra, á fin de llevar al mundo por las vías liberales.—Alemania decidirá cuál de estas dos políticas debe seguir Francia, y al mismo tiempo resolverá sobre los futuros destinos de la civilización.

Vuestros fogosos germanistas alegan que Alsacia es un territorio alemán, injustamente disgregado del conjunto. Reparad que las nacionalidades son todos los términos mal deslindados; y si se quiere discutir así, la etnografía de cada cantón abrirá la puerta á guerras interminables. Bellas provincias de idioma francés hay que no forman parte de Francia; los países eslavos corresponden á Prusia, y estas anomalías son útiles á la civilización. La reunión de Alsacia á Francia, por ejemplo, es uno de los hechos que más han contribuido á la propaganda germánica, pues ella nos ha traído las ideas, los métodos y los libros alemanes. Es indudable que, sometida la cuestión al pueblo alsaciano, una mayoría inmensa optaría por continuar unida á Francia. ¿Puede concebirse que Alemania se anexiona á la fuerza una provincia hostil, rebelde, irritada, y sobre todo irreconciliable después de la destrucción de Strasburgo? El ánimo de vuestros hombres de Estado se ha torcido indudablemente. El rey Guillermo se quiere imponer la ruda tarea de resolver la cuestión francesa, de dar y afianzar un gobierno á Francia. ¿Es posible que acepte de buen grado tan pesada carga? ¿Cómo no vé que la consecuencia de esta política sería la ocupación perpetua de Francia con tres ó cuatrocientos mil hombres? ¿Quiere Alemania rivalizar con la España del siglo XVI? ¿Qué quedaría entonces de su gran cultura intelectual?

Causa extrañeza que algunas de vuestras más lucidas inteligencias no vean claro en esta cuestión, y sobre todo que se manifiestan contrarias á una intervención europea. La paz, según se cree, no puede concertarse directamente entre Francia y Alemania: esta obra debe encomendarse á Europa, que ha condenado la guerra y que no debe querer que miembro alguno de la familia europea sea debilitado. Habéis de seguridades para lo porvenir; pero ¿qué más garantía que Europa, consagrando nuevamente las fronteras actuales, y condenando á cualquiera que piense en traspasar los límites establecidos en los tratados antiguos? Toda otra resolución será el principio de una serie de venganzas sin fin. Que haga Europa lo que debe hacer y habrá desarrollado el germen de la institución más fecunda, esto es, de una autoridad central, especie de congreso de Estados Unidos de Europa, que juzgará y se impondrá á las naciones, y corregirá el principio de las nacionalidades mediante el principio de la federación. Hasta nuestros días esta fuerza central de la comunidad europea apenas se ha ejercitado más que en pasajeras coaliciones contra el pueblo, que aspiraba á una dominación universal: sería provechoso formar una coalición análoga, pero permanente y preventiva, para mantener los grandes intereses generales, que son, después de todo, los de la civilización y la justicia.

El principio de la federación europea puede también ofrecer una base de mediación semejante á la que presentaba la Iglesia en la Edad Media. El movimiento de la historia contemporánea es, como si dijéramos, un balance entre las cuestiones patrióticas de una parte y las democráticas y sociales de la otra. Estos últimos problemas tienen su parte de legitimidad y serán, acaso, en un sentido, la gran pacificación de lo porvenir. Es cierto que el partido democrático, á pesar de sus aberraciones, agita problemas muy trascendentales: los sectarios de este partido se estrechan la mano por encima de todas las divisiones de nacionalidad, y miran con indiferencia las cuestiones de amor propio. Los millares de pobres hombres que actualmente se dejan matar defendiendo una causa que sólo comprenden á medias, no se aborrecen, sin embargo; tienen, por el contrario, necesidades é intereses comunes. Que lleguen á entenderse un día, á pesar de sus jefes, es un sueño sin duda; pero se puede entrever, ó se vislumbra ya, más de un indicio de que la política exagerada de Prusia ha de contribuir al desarrollo de ideas que ni ella misma sospechaba. Parece difícil que este furor de un puñado de hombres, restos de viejas aristocracias, continúe llevando al maldito masas de poblaciones apacibles, en posesión de



RECUERDO Á BECQUER, DE MARTIN RICO.

una conciencia democrática bastante avanzada y más ó menos imbuidas de ideas económicas.

¡Ah, querido maestro! ¡Cuánto bien ha hecho Jesús al fundar el reino de Dios, mundo superior al odio, á la envidia y al orgullo, donde lo que más se estima no es, como en los tristes tiempos presentes, lo que más daño hace; lo que destroza y mata é insulta; lo que es más falaz, más fementido, más desconfiado y más pérfido; lo más fecundo en tristes resultados y en pensamientos diabólicos; lo más contrario al perdón, á la piedad y á la justicia! La guerra es un conjunto de crímenes, y coloca al mundo en una situación absolutamente contraria á las leyes de la naturaleza; la guerra exige y aplaude aquello que en cualquier otro tiempo está prohibido y penado; la guerra manda que nos alegremos del mal del prójimo; la guerra declara absurdo y vituperable devolver bien por mal y practicar los preceptos evangélicos que imponen el deber de perdonar las injurias. El camino que conduce á Walhalla nos separa del reino de Dios.* ¡Habeis observado que ni en las bienaventuranzas, ni en el sermón de la montaña, ni en el Evangelio, ni en la primitiva literatura cristiana hay una palabra que ponga á las virtudes militares entre las que sirven para ganar el reino de Dios?

Insistamos sobre estas grandes enseñanzas de paz, que desconocen los hombres llenos de orgullo, extraviados por su tan lamentable como poco filosófico olvido de la muerte. En el cielo no se reconocen vencedores ni vencidos. Vuestro gran Goethe y vuestro admirable Fichte nos demostraron de qué manera se puede llevar una existencia noble y feliz en medio del abatimiento exterior de la patria. Yo, por mi parte, tengo un motivo para vivir tranquilo: el año próximo pasado, cuando las elecciones del Cuerpo Legislativo, quise ser diputado; no salí elegido, pero mis declaraciones, fijadas entonces en las ciudades del Seine-et-Marne, subsisten allí aún, y puede leerse: «Ni guerra ni revolución; lo uno sería tan funesto como lo otro.» Para tener la conciencia limpia en tiempos como los nuestros, es menester no buscar ni rechazar sistemáticamente la vida pública.

Conservadme siempre vuestra amistad, y creed en mis sentimientos distinguidos.

ERNESTO RENAN.

Paris, setiembre de 1870.

EN LAS ERAS.

Tenia D. Sabino Cachaza el proyecto de escribir un concienzudo estudio crítico del fundador de la Alhambra, y sabiendo por una parte que Arjona fué la patria del insigne rey granadino y recordando por otra que en dicho pueblo vivía un rico propietario, compañero de carrera de nuestro historiador en ciernes, sin más equipaje que un pequeño baúl maleta ni otra prevención que algunas viejas peluconas en la cartera de viaje, llegó una noche de las primeras del último mes de junio á la estación del ferro-carril del Mediodía, pidió un billete de primera clase para Andújar, dió á su mujer un abrazo de despedida, se metió en un wagon, y poco despues, entre el silbido de la locomotora, el ruido de la campanilla que anunciaba la salida y el confuso rumor de las

últimas frases cambiadas entre las personas que se iban y las que no se iban, dejó D. Sabino la villa del oso y el madroño, saboreando de antemano las agradabilísimas sorpresas que, en su concepto, le aguardaban en el punto á donde se dirigía y donde indudablemente no debía existir un palmo de tierra que no conservara un recuerdo del renombrado nazarita.

Entre el proyecto y la realización del viaje de Cacha-

—Ahora vamos á comer; despues á dormir la siesta y cuando nos levantemos, si la tarde no está muy bochornosa, te llevaré á mi era, donde, sentados en el chozon, charlaremos hasta el anochecer, viendo trabajar á los criados.

—Chozon, dijo para sí D. Sabino: aumentativo de choza; choza grande.

Comieron, se acostaron, durmieron, despertaron, se levantaron, y estando efectivamente la tarde fresca, se pusieron en marcha huéspedes y hospedado, y llegaron á la era despues de atravesar unas cuantas calles tortuosas, poco llanas y mal empedradas y algunas cuevas de los alrededores del pueblo, donde acaso podria encontrarse algun arbolillo tísico; pero no fuente, ni arroyo, ni el charco más insignificante.

Trillaba á la sazón un mozo que, al par que dirigía las colleras, cantaba con un tonillo melancólico y voz estentórea la siguiente copla:

Embrazo de tu suerte
Hoy tu padre me ha llamado,
Y yo te he dicho que pronto
Te veras sin embarazo.

Sonrieron los dos amigos al escuchar el cantar, que pasó sin comentarios de ninguna especie porque vieron salir del chozon á tres hermosas señoritas, dos jóvenes del sexo barbudo, imberbes todavía, y un anciano que sin duda era el Argos de aquel plantel de padres y madres de familia, y que, despues de los saludos de cajón, dijo á Peralta:

—Aquí me tienes, arrastrado por estos cinco locos, que se han empeñado en echarte á perder una parva y en comer *ajo blanco* con tu gente.

—¡Gran idea! replicó Peralta; pero el caso es que no hay trillo con asiento, y las niñas no se atreverán á trillar de pié.

—Yo iré cogida á Pepito y él llevará las colleras, dijo una de las aludidas, mirando con inequívoca ternura al joven Pepito, que se ruborizó pudorosamente.

El propietario de la era no sólo no presentó objecion alguna á este proyecto, sino que hizo combinaciones para que todos se di-

virtieran y hasta mandó á uno de los mozos al pueblo para que recogiera provisiones de boca que debían reforzar el *ajo blanco*.

—Ahí llega la *barcina*, dijo el aperador á Peralta; hace muchos años que no ha visto su merced en la era mejor paja ni espigas más hermosas. Las gavillas pesan como plomo.

Don Sabino, que ignoraba el significado de *barcina*, dirigió la mirada hacia el punto indicado por el jefe del apero y vió llegar nuevos labriegos con caballerías cargadas de gavillas ó haces de mies, que fueron colocando al lado de otros muchos, para formar con todos la parva inmediata. La curiosidad llevó al futuro historiador al sitio en que descargaban los barcinadores, y gracias á ella pudo oír el siguiente diálogo entablado entre estos y el aperador que, por costumbre ó porque estaba presente el dueño de la era, acudió á ayudarles en la faena de la descarga.

—Esta nárrria está rota.

—Pues eso reza con el *Chato*, que es el que traía esa mula.

—¿Cómo que reza conmigo?... Ya me voy yo cargando. Se pierde un *horcate* y el *Chato* lo ha perdido. Se le cae una cuchilla al trillo, y el trillo se ha descompuesto cuando daba el *Chato* la vuelta á la parva. Si el pez sale mal, la culpa es del *Chato*. Si los bieldos no están en su sitio, es que el *Chato* los ha puesto en otra parte. Si el rastro no sirve ó la escoba no parece, al *Chato* con ello. No falta más sino que cuando alguien quite una espuerta de paja del monton, digas que el *Chato* se la ha comido.

—Mémos retóricas y al avío, que parece que se levanta un poco el aire y es menester aventar ese pez.



DON VALERIANO BECQUER.

za sólo habian mediado algunas horas y el siguiente conato de discurso que se propinó mentalmente para decidirse. —En las bibliotecas de Madrid encontraria muchos datos para mi trabajo; pero si así lo hilvanase, ¿seria éste otra cosa que un conjunto de remiendos mejor ó peor zurcidos? Además, si, como creo, un libro no supone más que la opinion de un hombre sobre tal ó cual materia, reduciéndome al poco aéreo papel de copista no sólo anulo mi opinion, sino que mi obra no será mia, porque no diré nada que ya no esté dicho; en cambio podrán aplicarme con justicia la añeja fábula del asno con piel de león. Por el contrario, yendo yo mismo á la fuente donde otros debieron beber, no seré tan desgraciado que la encuentre seca; iré y de un tiro mato tres pájaros: escribiré sobre Alhambra, veré á mi amigo Peralta y conoceré las costumbres andaluzas, de las cuales estoy completamente ayuno.

Dicho y hecho.

Á las nueve y media de la mañana siguiente bajaba del tren D. Sabino, á un kilómetro de distancia de la moderna *Niturgis*, que apareció á su vista entre el verde follaje de las alamédas que en aquel sitio bordan los márgenes del Guadalquivir, y momentos despues continuaba su viaje á Arjona en una incómoda galera tirada por un escuálido matalon, propiedad aquella y éste del corsario que á temporadas y sin regularidad recorre el trayecto comprendido entre Andújar y Jaen.

Daba las doce el reloj de la villa cuando se abrazaban Cachaza y Peralta, en la casa del último, y habiendo referido el viajero á su amigo el objeto principal de su ida á Andalucía, recibió esta contestacion, precedida de una sonora carejada.

* Walhalla, palacio mitológico del Mundo de la Alegría, adonde van los guerreros que pelean en la pelea. Entre otros placeres abundan allí los de la mesa. Los guerreros beben el hidromiel, que corre de la teta de la cabra *Hedra*, y comen la carne del javalí *Schabraz*, que se reventa siempre.

¡Cló, cló, cló! cacareó una gallina que acababa de ser magullada por una gavilla. Y una porción de pollos costeteraron á coro:

—¡Pío, pío, pío!

Cachaza, que no había notado la presencia de la culeca y su cría, se sorprendió al verlas desfilando hacia el sitio más solitario de la era y pensó que aquel modo de formar un gallinero es el más cómodo que ha podido inventarse. Decidido á satisfacer en todo su curiosidad, observó que después de quitar la carga á las caballerías llevaban á estas al lugar en donde estaban las granzas y las dejaban allí para que comiesen; que los labriegos estaban en mangas de camisa y usaban pantalones de paño burdo, zapatos de becerro con la suela empedrada de clavos de herrar y sombrero calañés; vió aventar, fijándose lo mismo en los que usaban los bieldos que en el que con el rastro separaba del pez los espigorros que por su mucho peso no se llevaba el aire con la paja; supo que el conjunto de dichos espigorros y los granos vestidos ó con cascarrilla que de la superficie del pez separaba un mozo con una escoba de esparaguera, forman lo que lleva el nombre de granzas; comprendió que al amontonar el grano lo echaban con las palas de nuevo al aire para que cayera sin los tamos, y que en seguida lo acribaban para quitarle la tierra que había recogido en la trilla; extrañó que llamaran *biscocho* á la paja que sacaban de la parva y, por último, cuando ya limpio de polvo y paja, echaban el dorado trigo en los costales para conducirlo al granero de Peralta, sintió algo parecido á la envidia porque él no tenía graneros, ni trigo, ni era, ni nada de aquello que á sus ojos aparecía como una fortuna llovida del cielo y que, sin embargo, representaba una serie de trabajos, gastos y afanes comprensibles sólo para el labrador, único que sabe lo que es el paréntesis que separa la sembradura de la cosecha.

Cuando se concluyó de trillar la parva que estaba extendida en la era y mientras llegaba la puesta del sol y el aperador arreglaba el ajo blanco, comenzaron á hacer que trillaban las señoritas y sus jóvenes acompañantes, y en las palabras, gritos, exclamaciones y fisonomías de ellas y ellos, era fácil de conocer que se divertían grandemente con aquella parodia, tan sencilla en la forma como en el fondo.

Subió el ruboroso Pepito al trillo; se colocó á su lado la señora de sus pensamientos, cogiéndose para mayor seguridad á la cintura del joven; y en tanto que radiantes de alegría veían que las colleras se ponían en movimiento, D. Sabino se enteraba de que para hacer un legítimo *ajo blanco* se juntan en el dornillo, que es un objeto de madera, mezcla de plato grande y almirez, unas cuantas habas secas ó almendras mondadas, algunos ajos y sal, y se machaca perfectamente; que en seguida se echa un poco de aceite y se comienza á batir con la mano de la casi almirez, que también es de madera, y se sigue batiendo hasta que la masa que se forma toma un color amarillento; que se vuelve á echar aceite, y se vuelve á batir, y se repiten una porción de veces ambas operaciones, hasta que por último en vez de aceite se echa vinagre que vuelve blanco el color de aquel compuesto gelatinoso, al cual llaman *aly-aly*; que á continuación se echa agua en el *aly-aly*, y que en el líquido resultante se empapa en pedacitos el pan suficiente, con lo cual queda concluida la variante más sabrosa del popular gaspacho.

Hacia también el admirador de Alhambra ligeras apuntes en su cartera de bolsillo y en ellas constaba que el chozon no es otra cosa que un cuadrilongo, cuya armazón se forma con *pitones* (cañas de pitas); cuyo pavimento es terrizo y cuya techumbre y tres de los cuatro lados están revestidos de esteras. Apuntó también que la nárria no es otra cosa que unos cuantos palos combinados y ligados de tal manera que, puestos sobre el aparejo de las caballerías, les permite conducir cómodamente triple carga que de cualquier otro modo. (Advertiremos entre paréntesis que esta nárria no debe tener parentesco ninguno con la del *Diccionario de la Academia de la lengua* porque se parecen como un melón y una navaja de afeitar).

De repente interrumpió sus observaciones el Sr. Cachaza. Acababa de oír gritos y voces de los del apero que decían á Pepito:

—Sujete Vd. la mula de mano. (El joven tiraba del cabestro que llevaba la primera de la izquierda).

—Tire Vd. más, que cocea la del cabo (Pepito tiraba fijando la vista en la primera mula de la derecha).

—Ya se alborotan las del trillo: van Vds. á caer (Pepito y su amada miraban con terror á la collera del centro).

Todo fué inútil. Las mulas arrastraron el trillo fuera de la parva la enamorada pareja perdió el equilibrio, se bamboleó y, ¡oh profanación!... al dar en tierra, una

impúdica ráfaga de viento arrojó la ropa de la señorita, dejando expuesta á la contemplación de todos los circunstantes la blanca tela de unos pantalones, que nunca podrán hacer á su dueña más señalado servicio.

Presuma el lector la algazara que siguió á este lamentable incidente; yo echo sobre él un velo y paso á decir que, después de saborear el *ajo blanco*, abandonaron la era, Peralta, Cachaza, el plantel de padres y madres de familia y el anciano que le servía de Argos.

Pocos días después escribía D. Sabino á su cónyuge una larga epístola, de la cual tomamos el siguiente párrafo.

—Salgo para Granada, córte que fué de Alhambra. Aquí no he encontrado ni un edificio, ni un sitio, ni una inscripción que recuerde al gran rey. El tiempo y los hombres han destruido todo lo que pudiera tener relación con el hijo más ilustre de esta villa.

NOTA. El estudio crítico del Sr. Cachaza, sigue figurando en el número de los proyectos.

PEDRO MARÍA BARRERA.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

UNA PICA EN FLÁNDES.

Dejé mi tierra por Flándes.
Sepulcro de nuestras cristianas.
GÓNGORA.

No pocas veces habrás oído encarecer, lector amigo (que como á tal te beso las manos) lo difícil de alguna empresa con el proverbio que encabeza estas líneas.

Poner una pica en Flándes, decimos hoy, aludiendo á lo que tenemos punto ménos que por imposible llevar á término, recordando los tiempos en que los españoles eran muy dados á poner cima á tan árduo trabajo, digno, á lo que da á entender el proverbio, de un Alcides.

Flándes fué el glorioso teatro donde se representó al mundo la tragedia del heroico esfuerzo de la famosa infantería española, en cien funciones de guerra; donde un duque de Alba, un Requesens y un D. Juan de Austria demostraron su valor, su pericia y su arrojo, y donde tantos valientes españoles escribieron con sangre, en el impercedero libro de la historia, los fabulosos hechos de los que beben las aguas del Guadalquivir, del Tajo y del Ebro.

Los españoles, nacidos en un clima meridional; contagiado su carácter en algo con el pueblo árabe, puesto que irreconciliables enemigos; recién salidos de una edad caballeresca; no descalzadas, casi, en esta época las espaldas de los giutos que acompañaron al gran Carlos V en sus empresas aventureras; templadas sus almas en forjas semejantes á las de los soñados Amadises y otros héroes caballerescos, se deleitaban en los hechos extraordinarios, y cada uno que presumía de sangre hidalga, y la española lo era toda, se creía con aliento y esfuerzo bastantes para fenecer los más árdusos empeños.

No eran poderosas á detenerles la riqueza y holgura de que en su casa disfrutaban algunos, y se veía todos los días ilustres mancebos, de los más claros linajes, dejar familia y amigos y

...pasando á Flándes,
Que es de la milicia escuela *.

conquistará su generosa ambición laureles y grados con el esfuerzo de su brazo, y mozo hubo que entrando á servir una pica, *sin ventaja alguna* *, llegó á empuñar la bengala * de general.

Flándes era también el *refugium peccatorum* de los que deseaban probar fortuna ó desviar la mano de esa caprichosa deidad, cuando con un revés había dado en el suelo con el débil artificio de su ventura y amenazaba con otro aniquilarlo.

El mozo cuyo patrimonio habían disipado el juego ó tal cual buscona, señora del uson *, ó doncellita contrahecha

* CALDERON: *Nada me temo otro día*, jornada I, escena I.

* *Ventaja*: llamábase así á un aumento de sueldo que disfrutaban algunos, entonces que no había cadetes, y se daba, más que por los méritos, por mediación de poderosos, que recomendaban para ello, delcndo también á este halago entrar desde luego con algun grado.

* *Bengala*: era un cierto bastón recto, insignia de mando superior: véase en los retratos de caudillos de esta época.

* *Llamábase así á las rameras de cierto género*: Alarcón dice, en la *Verdad sospechosa* (acto I, escena III):

Hay una gran multitud,
De señoras del uson,
Que entre cortesanas con
Se la mayor magnitud.

por obra y gracia de nuevas Celestinas, corría á tales países á que su espada fuera varilla mágica que hiciese brotar oro de los robustos cuellos segados á rollizos y rubios sectarios de Lutero.

El galán que, por causa de su dama, había muerto en riña á un odioso rival, á un hermano vengativo ó á un padre irritado, tomaba por iglesia á Flándes, donde encontraba una pica con que servir á su Dios y á su rey, mientras llegaba la hora de hacer lo propio por su dama; que eran éstos los tres ídolos del caballero de entonces.

La vida militar, sobre todo al frente del enemigo, establecía franca concordia entre los alistados bajo una bandera, tanto más cuanto que es vida propia de jóvenes y la mocedad es de suyo esparcida y poco dada á ceremonias.

Con frecuencia sucedía que alrededor de una mesa, debajo de la ruda coraza y el capacete, se reunían en una misma taberna el hidalguillo montañés, el noble caballero y el soldado de villano origen, confundiendo sus nombres y sus brindis, llevando á los labios la misma copa, no habiendo entre ellos otra distinción que la mayor bizarría con que acuchillaban á los enemigos de España.

De mucha conciencia en amores, lo mismo que habían requerido á la vivaracha andaluza, de quebrado color y

Matte Fragozo, en su comedia *El sabio en su retiro y villano en su cabaña* (jornada I, escena II), hace una descripción de esta clase de mujeres y de las artes que empleaban, que merece ser conocida. Dice así, por boca del gracioso:

MANTIN.

Tengo razón, pues ignoras
Los embustes y quimeras
De mujeres callejeras,
Que andan paseando á estas horas,
Un sale con rigor
Que no se ha de destapar,
Y es que es fea y quiere usar
Del recato con primor.
Esta, fiada en el pico,
Dos melindres y un enfado
Y algo de enojo rasgado,
Que encubre nariz y hocico,
Pesca, con sólo un anzuelo,
Pececillos camarones,
Guantes, locas y listones
Del boquirrubio mozolet;
Y viendo que por la posta
La siguen en conclusion
¡Qué hace! muestra el cascarrón
Y se va libre y sin costas.
Otra viene, muy hada
En la cara bien compuesta,
Desubierta á la respuesta
Y á cuanto pide tapada.
Esta que tiene marido
Zeloso, y que es menester,
Para que la puedan ver,
Recato muy conorido,
Pesca medias, chocolate
Y algun dije moderado:
Por dar á entender estrado
Aplica el escaparate;
Y andandó como peonza
Dize que vive á diez aitos
En calle de treintatres,
Y escapa como una gata,
Otra sale muy deldad,
Conque á una enferma va á ver,
Y la enferma viene á ser
Ella, ó su necesidad,
Y después que lleve una pelia
De cosas que va á llevar
A la enferma, suele dar
Con la palabra done ella;
Y si el pobre, con enfado
Muestra enojo, muy faldita
Le responde: equita, quita,
Lleve usted lo que me ha dado,
Y viendo el empeño duro
En que se halla el inocente,
Por regalos de presente
Se echa en favor futuro;
Y examinados los modos
De su recato y su fe,
Se sabe después que es de
Cindros, lombardos y godos.
No para aquí la emboscada,
Otras hay que andan al vuelo,
No ponen cebo ni anzuelo
Ni van reparando en ando,
Porque son red barradero
De los altos y los bajos:
Estas pescan remacajos,
Mansana toda ribera;
Porque toman avellanas,
Burzanos, melocotones,
Huevos, sardinas, melones,
Resugos, peros, manzanas;
Y cuando destas crueles
Zarandajas han cogido,
Vienen á darse á partido
De ribanos y pastiles.

pié vergonzoso de puro encogido; ó á la aragonesa de talle esbelto y donoso semblante trigueño, roquebraban á la fresca y colorada flamenca, de alma fría y poco dispuesta para la traviesa española.

Contábase los lances en los campamentos y bodegonas, siendo al otro día de la batalla pasto de la festiva conversacion, ya las cuchilladas recibidas por el enemigo, ya las victorias de amor conseguidas sobre las flamencas, á quienes miraban como botín de país conquistado.

—¡Dios guarde á los valientes! decía un mozo bravo y galán, entrando en un corro de soldados.

—¿Dónde bueno, alférez Maldonado? respondieron varios á la vez.

—Acabo de hablar con el capitán Machuca: parece que en breve nos las hemos de ver con esos perros descomulgados, y ¡por mi vida! que tengo ganas de cobrarme de la cuchillada con que casi me abrieron en dos la cabeza. ¡Juro á Dios que me la han de pagar con las setenas!

—Por más estrecho lo pasó Arias Bermudez, á quien aquel herajazo de Satán rebanó el cuello, como si hubiera sido de alfilerique; y eso que Arias, téngalo Dios en su gloria, se defendió como bueno.

—Pues tampoco el luterano lo contará por gracia, que el capitán Pedro de Sahagún le enterró una pelota de arcabuz, en donde sólo con el ánima se la sacaron; que ya estará á la hora de esta gozando de Bercebú.

—¡Hola, hola! Alto, señoras, que viene á nosotros el animoso D. Martín Jimenez de Urrea, valiente aragonés, tan lindo para las damas como hocico para los luteranos; que con su espada *del perrillo**, hija de la imperial Zaragoza, como él lo es de Épila, más de una vez ha sembrado los arenales de Holanda con cabezas bebunas de esos borrachos. No es tan enemigo de las musas, cuyos favores parece están vinculados en su ilustre prosapia.

—Verdad, repuso otro, que aún se guarda memoria en estos tercios de su famoso tío D. Jerónimo, quien trasladó del Ariosto las leoras de Angelica, princesa que de no haber cometido vileza con Medoro, hoy sería la más cabal doncella de estos reinos.

—Y ¿en qué van vuestros amores, señor Urrea? Benévoleste ya la fortaleza? Cuenta que no le costó tanto la de Breda al gran Espinola.

—Tened la lengua, Hinestrosa, no ofendáis á las damas de esta tierra, que pueden dar lecciones de honradez á vuestras hembras gallegas y no habeis de llegarles al pelo de la ropa.

—Dios me libre; pero permitid que bebamos otro trago por vuestra ventura.

—¿Cuál es ella? dijeron todos.

—No sabéis que nuestro Maestro de Campo general ha conferido á D. Martín la jineta* de capitán y le tenemos mandando una manga* de arcabuceros, con que ha de guarnecer á Ipré este invierno?

—¡Vitor, vitor, al capitán Urrea!

—Gracias, amigos, prontó haré mis pruebas en el campo, pues se prepara una gran batalla; y entre tanto regocijémonos, que yo pago el gasto.

Así pasaban alegremente la vida de soldado en Flandes, habiendo quien no hubiera trocado las penalidades de la guerra, mezcladas con la libertad soldadesca, por el palacio de un emperador.

El soldado español siempre se distinguió entre los otros por el sufrimiento y fortaleza en las privaciones y escaseces de la guerra, dejando muy atrás á las compañías italianas y tudescas, que en unión suya peleaban al servicio de los monarcas españoles.

Como su principal argujón era la gloria, trataban de conseguirla á todo trance, y soldados por entusiasmo, que no mercenarios, peleaban sin dolerles ¡rendas, como en causa propia.

Y eso que, como hemos dicho, á veces tenia no escasa parte en la resolución que de ir á Flandes tomaban la escasez de medios con que vivir, como lo manifiesta el mancebito que nos pinta Cervantes, con quien topó D. Quijote, el cual mancebo iba cantando aquella seguidilla:

A la guerra me lleva
Mi necesidad;
Si tuviera dineros,
No fuera en verdad.

* *Del perrillo*, espadas famosas por su temple, fabricadas en Zaragoza y que recibían el nombre de la marca especial que llevaban, consistente en la figura de un perro. Cervantes hace mención de ellas en el capítulo XVII de la segunda parte del *Quijote*, dándoles el calificativo de *corredoras*.

* *Jineta* era una lanza corta, dorado el hierro y con una herfa que servía de guarnición: ésta constituía en lo antiguo la insignia de capitán.

* *Manga de arcabuceros*, porción de tropas escogidas con que solía guarnecerse las plazas.

aunque como el mismo autor dice, las armas fundaban pocas mayorazgos, llevándose en esto ventaja las letras, dado que á él poco se le conocía y tanto había medrado con las unas como con las otras.

El rey era entonces, como despues la patria, ingrato con sus más leales servidores, aconteciendo á muchos lo que al capitán Chinchilla, de quien se cuenta en el *Gil Blas* que, despues de estar medio trinchado, se roía las yemas de los dedos de hambre, gastando el tiempo en escribir memoriales en solicitud de recompensas*.

Pero de esto no se acordaban en tanto tenían los bríos de la juventud; y mientras pudieran gastar alegremente el sueldo, enamorar una mujer y descargar cuchilladas, cuidábanse muy poco de lo por venir, inquietándose sólo, y no gran cosa, lo presente.

No usaban entonces los soldados vestido uniforme, sino que cada cual se ataviaba como mejor le parecia, teniendo apesar de todo una cierta manera de llevar el traje, que solía ser muy bizarro*, que á la lengua publicaba la profesion.

Con estos aliños cautivaban los corazones de las damas: en ellos y en su porte marcial ponían su mayor encanto, apareciéndose de plumas y de brillantes cadenas, las más veces de alquimia; pero que por lo peregrino y artificioso de su labor y los encarecimientos del dueño, eran tenidas por oro de más quilates que si fuese de Ofir.

Completaban su atavío grandes velumbroses en el cintillo del sombrero, adornado además con lab ados cordones de pelo, para vénderse por enamorados favorecidos; formidables bigotes á la borgoñona, cuyas puntas amanzaban á los ojos, merced á la alquitira, y la tizona siempre en el cinto, en tiros cortos, poniéndola á cada paso por testigo de sus proezas, á las que daban mayor autoridad los continuos pesias y votos, ya en castellano, ya en tudesco ó italiano, jurando por el *corpo de Baco* cual si fuese los evangelios.

Veamos el retrato que á su señora hace la criada Ben-triz, en una comedia de Calderón*, de un D. Juan, soldado recién venido de Flandes:

Como gallardos en el vestir, otro tanto eran arrogantes en sus palabras y arrobados en sus obras, originándose una riña por un quitame allí esas pajas, bien sobre juego, bien por galanteas.

No se andaban en flores y saliéndose al campo, si el coraje no les desnudaba las espadas por el camino, sin testigos las más veces, se acohillaban, encarnizándose como si se las hubiesen con el más tuconado enemigo.

Vocas no pocas uno de los contendientes quedaba en el campo, mas otras tal cual chirlo venía á dirimir la contienda.

Peor era que en ocasiones tanto les espumaba el hervor del enojo, que sin dar tiempo á otro, allí donde empezaba la querrela se tomaba el desagravio; partido mucho más desventajoso para el bodegonero, pues, amen de los jarros y otros utensilios, que no llevaban lo mejor de la refriega, le acontecia que si, por mala ventura de ambos,

* Tanto asimismo la miseria y descuido en que el rey dejaba caer á los soldados, el romance aquel que empieza:

Mirando estaba el retrato
Del rey Felipe Tercero,
etc., etc.

* Una prueba de ello, entre otras mil, puede darse con las siguientes palabras que un arriero dirige á *Guzmán de Alfarache* (Par. I, lib. I, cap. IV.) «¡Buenos contrastes por ventura dos mozos juntos, el pobre soldado, el uno vestido de una *novelilla oscura* y el otro de *resaca*, un jubón blanco muy acuchillado! Los cuadros de los pintores de aquella época son otro testimonio que habla patente á los ojos.

* *El astrólogo fugido* (jornada I, escena I).

Llevaba un vestido airado,
Sin guarnición ni bordado,
Que con lo bien sazonado
No hizo falta lo costoso;
Cabelos blancos, acuchillado,
Valona y vueltas muy grandes.
Con muchas puntas de Flandes*,
En fin, muy á lo soldado.
Varias plumas, que llevadas
Del viento, me parecían
Que volar don Juan querían;
Botas y espuelas calzadas, etc., etc.*

* *Puntas de Flandes*, encajes que en este país los labraban de mucho precio.

* También en *El casamiento engañoso*, de Cervantes, dice el alférez Campanero: «Katalin yo entonces di entrisión, con aquella *gran resaca*, que vuestro heruelo debió de conocerme, el *señorero con plumas* y cintillo, el vestido de colores, á fuer de soldado y tan gallardo á los ojos de mi locura, que me daba á entender que las podía matar en el aire».

Por último, citare las siguientes palabras de *Guzmán de Alfarache*, en que terminantemente sienta que tales arreos eran el alma del soldado: «Quiere vuesa merced, dice, ver á lo que llega nuestra mala ventura, que siendo las galas las plumas, las coloves lo que sienta y pone fuerzas á un soldado, para que con ánimo furioso acometa cualesquier dificultades y empresas valerosas, en viendo nos con ellas somos ultrajados en España y les parece que debemos andar como solicitadores á hechos estudiantiles capigorrinos, salutados y con gualdrapas, envueltos en trapos negros.» (Par. I, lib. II, cap. IX.)

moría el un valenton en su casa, ó la justicia oliscaba las enchilladas porque le hubiesen *dado caranto**, veía embargar su hacienda, pues los inexorables ministriles no transigían en casos de conciencia, y se les hacia muy grande con no sacar el jugo al bodegonero.

Valía más á éste arrojárselas con ellos, y mediante algunos escudos se echaba tierra encima al muerto, y los alguaciles cargaban con la bolsa y la responsabilidad del huésped.

Los soldados, con la vida de campaña, se hacían insolentes y sus malas artes eran azotes del país en que posaban, sufriendo sus rigores amigos y enemigos.

Donde se alojaba una compañía era asunto de que no se descuidasen en dejar nada al alcance de la rapacidad soldadesca, porque á todo daba asalto, y cuando no la astucia la violencia servía para que despojases á los habitantes de aquello que apetecían.

(Se continuará.)

JULIO MONREAL.

EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABOLICA

POR

JOSE FERNANDEZ BREMON.

(Conclusion.)

En aquel otro lecho sonría un hombre entre sueños: acaba de terminar dormido una soberbia catedral, cuyas torres afiladas atraviesan las nubes y cuyas anchas y majestuosas bóvedas descansan sobre esbeltas y ligerísimas columnas. ¡Qué de mármoles y jaspes en los altares; qué calados de filigrana en las cornisas; qué curvas tan atrevidas en los arcos! El aire parece que mueve las flexibles torres sin derribar un solo grano de arena; los sábios admiran las profundas alegorías esculpidas sobre la piedra y los artistas su composición admirable: el pórtico es suntuoso; los sepulcros son de una severidad sublime é imponente; en cada capilla se desenvuelve en toda su majestad una idea religiosa; y el ánimo sobrecogido ante el espléndido conjunto de la catedral, saluda al génio creador de aquel portentoso. ¡Já! ¡já! añadió el diablo, alegremente; el artista despierta y su catedral se desvanece; es un arquitecto lleno de ideas, que vive de remendar edificios arruinados y edificar con toda economía fábricas de jabón y chocolate.

Allí veo un hipocondriaco; amigo de la meditacion y de la soledad, hubiera pasado su vida recorriendo los claustros de un convento; las necesidades diarias le obligan á vivir en el estruendo de la corte y asistir á la tribuna de periodistas para hacer la reseña de la sesion, y á los teatros para escribir una revista.

Ese que vela en un laboratorio rodeado de aparatos es un químico famoso; bullen en su imaginacion sistemas y proyectos: está seguro de llegar á descomponer todos los cuerpos simples por medio de un procedimiento nuevo que ha de producir la mayor revolucion científica de que hay memoria; pero sabe que nunca realizará sus anhelos, porque el lujo de su mujer y de sus hijas le obliga á transochar preparando polvos dentífricos y perfumes para impedir la ruina de su casa. Es un sabio convertido en charlatan por su familia.

El que se muestra con estrépito en aquel cuarto, es un jóven provinciano recién llegado á Madrid para seguir la carrera de las armas. La lectura de las guerras antiguas inflamó su espíritu y le hizo desear la magnífica confusion de las batallas y los combates cuerpo á cuerpo: acaba de saber que hoy los hombres se destrozan por medio de máquinas y sin versas, y que la guerra es una ciencia. Por su valor personal y por sus fuerzas heróicas hubiera sido un muchacho en otros tiempos un guerrero notable; hoy, sólo puede utilizar sus fuerzas para cargar maletas y baules.

Contempla un hombre infeliz; nació para vivir en el reposo, y las circunstancias le obligan á ser en un ferrocarril jefe del movimiento.

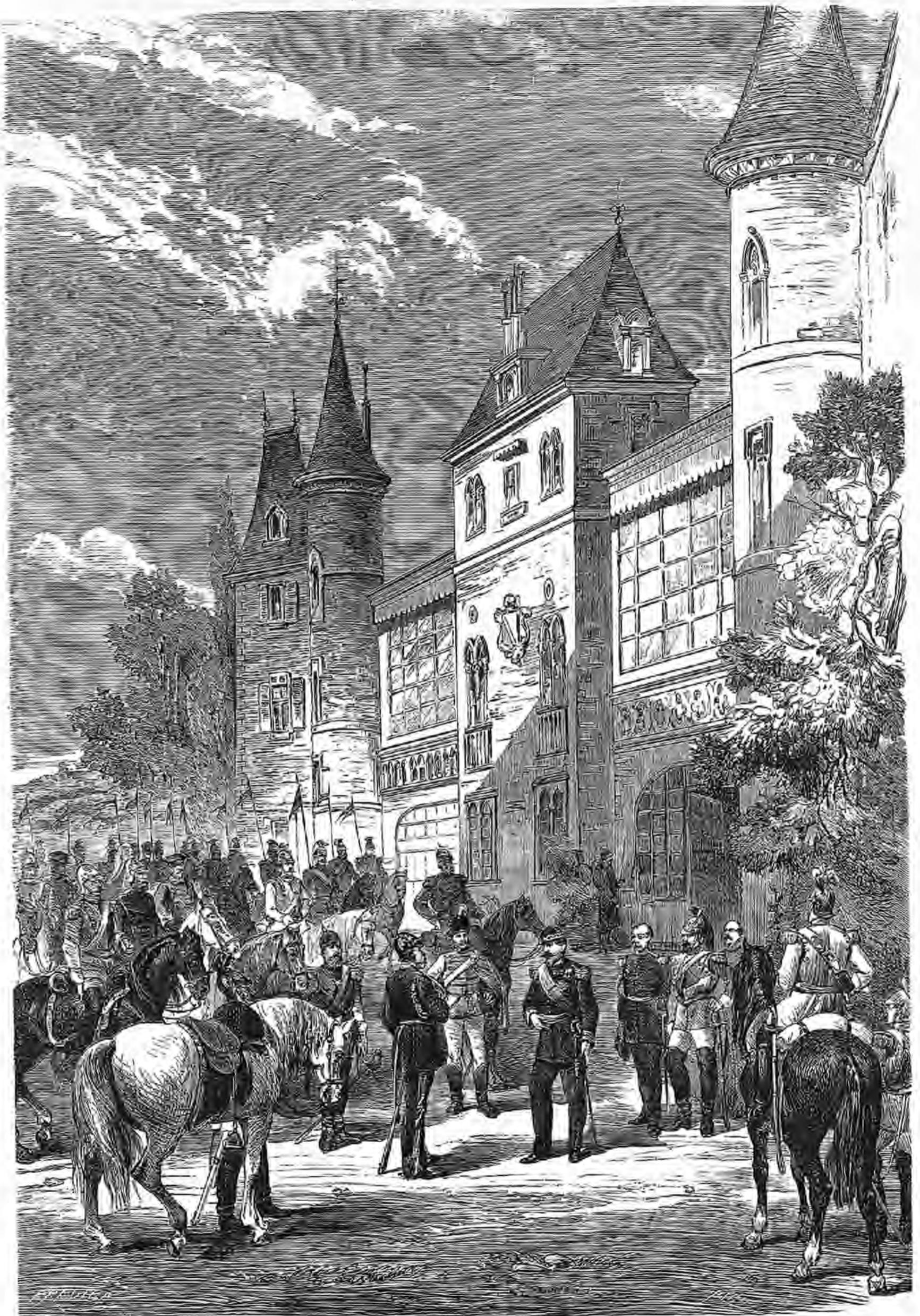
—Creo que te burrias, dijo Luciano interrumpiendo al espíritu. No es posible que compares en serio la situacion de esos personajes y la mia.

—Todos están fuera de su centro; todos sufren horriblemente en la posicion que les ha cabido en suerte; todos envidian á sus semejantes y sienten la necesidad imperiosa de variar de estado.

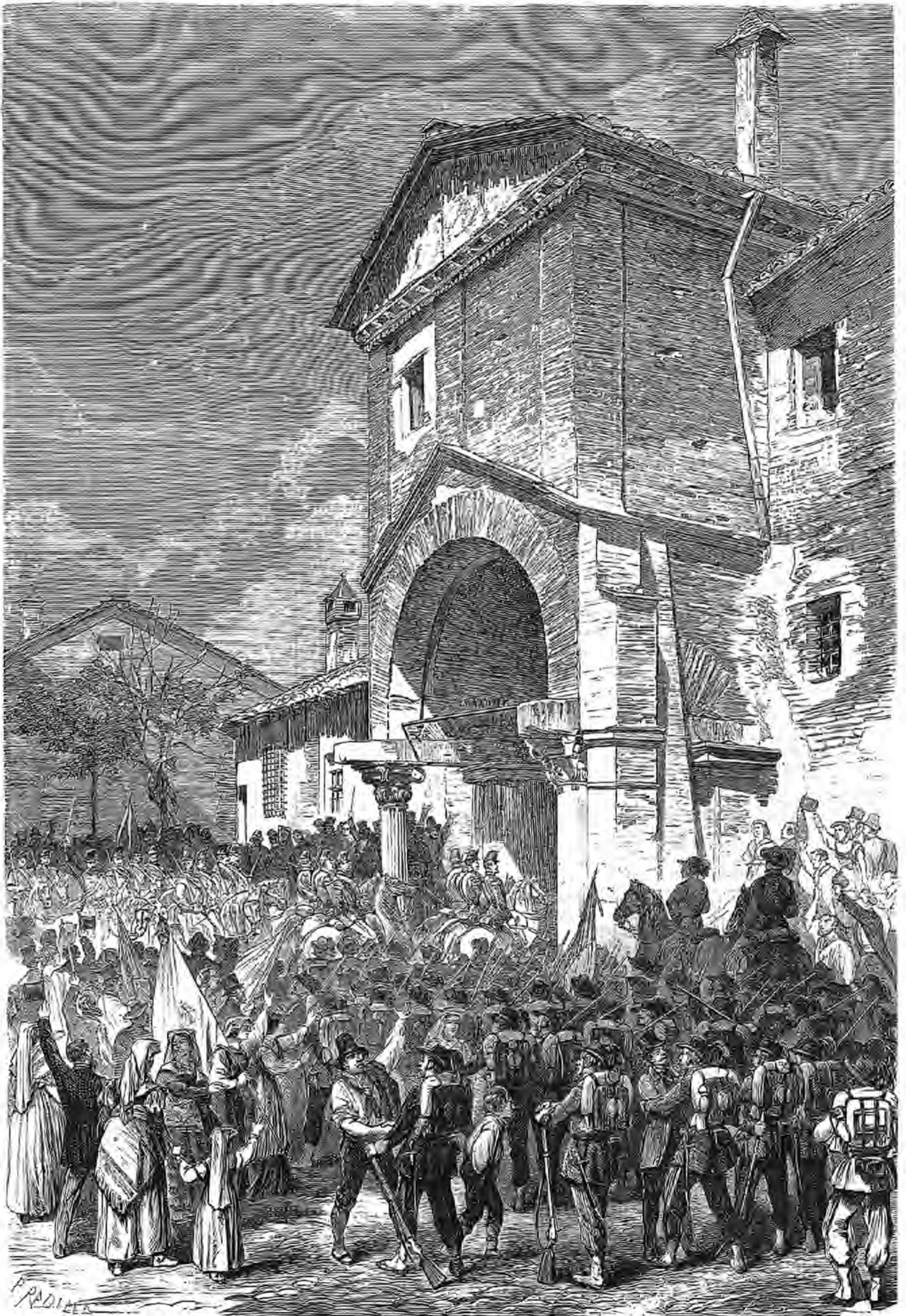
—No hay dolor que iguale al mio.

—¡Já! ¡já! respondió el espíritu mirando á Luciano con desprecio; sufres por habitar momentáneamente un cuerpo que apenas tiene vida; ellos sufren en cuerpos

* *Caranto*, soplo ó denuncia, en germanés de jentras.



ENTREVISTA DEL REY DE PRUSIA Y NAPOLEON III.



ENTRADA DE LAS TROPAS ITALIANAS EN ROMA.

robustos cuya duracion parece asegurada; otros sufren en espíritu y sus dolores son eternos.

—Sus desgracias no me sirven de consuelo.

—¿Quieres un ejemplo igual al tuyo?

—Es imposible encontrarlo.

—Pues contempla á los hombres empeñados en infundir un alma nueva en una sociedad vieja y moribunda; la lucha entre las aspiraciones y las fuerzas es desigual y dolorosa; el alma pretende mandar y la inercia de un cuerpo extenuado comprime sus impulsos; mientras aquella exige movilidad, éste, por el instinto de conservación, tiende al reposo. No es posible amalgamar ambas tendencias; lo nuevo es incompatible con lo viejo y, sin embargo, los hombres, convirtiéndose en condicion vital este enlace absurdo, han apresurado la inevitable destrucción de las sociedades, que quisieron rejuvenecer, en vez de procurarlas una vejez tranquila y sosegada.

—No comprendo la relación entre lo insensible...

—¿No comprendes? Me explicaré: todo hombre civilizado se halla en tu mísera posición: á todos alcanza el desasosiego, la inseguridad, el combate que sostiene consigo mismo, la sociedad en cuyo seno viven: todos sus intereses y afectos están pendientes de esa lucha; lo más sólido es eventual; los axiomas vuelven al estado de problemas; la religión, la propiedad, la familia, penden de un pleito; no hay nada estable en los pueblos, y esta inseguridad se experimenta en una sociedad, sin fuerzas y sin vida ya para modificar su modo de ser y para emprender otro camino. El progreso trata de galvanizar un cadáver á quien dirige estas irónicas palabras. «Muévete y trabaja.»

—Pero las sociedades no sienten como el individuo.

—Al contrario: el dolor individual es muy limitado, mientras que los dolores sociales alcanzan á muchos seres sensibles: la lucha de tu alma se limita á tí sólo y las luchas de la humanidad tienen en todas partes ecos dolorosos. Ese pueblo que duerme tan sosegado se prepara á la lucha de mañana; lucha feroz en que todos quieren salirse de su esfera, disolución social parecida á la del cuerpo en que los humores tratan de ocupar por sí solos las arterias, y la sangre quisiera posesionarse del cerebro, ó combate á muerte en que por obtener la leve ventaja de adelantar un palmo, no se repara en el número de víctimas. ¡Hermoso espectáculo! añadió el diablo entusiasmándose, el de la humanidad que se adora y degüella á sí misma.

—Es inútil que hagas claride de tus odios.

—Estás equivocado si crees que aborrezco al hombre. Admiro al espectáculo que ofrece por sentimiento artístico y por horror á la monotonía. ¿Quién ha hecho más por él? ¿quién le ha sacado de su estúpida inocencia? ¿quién desliza en su oído esas dulces palabras que conmueven á los pueblos y enriquecen los libros de los sabios? ¿quién le ha enseñado el arte de gozar todos los deleites de la tierra? ¿quién le ha dado la idea de su propia dignidad y la medida exacta de sus fuerzas colosales? ¿quién le ha civilizado? Compara al mísero pastor de los tiempos primitivos cubierto de pieles, ó al tosco castellano de la Edad Media, abrumado por el peso de las armas, con el esbelto dandy de guantes perfumados. Aquellos sólo poseían vagas nociones de moral y el arte feroz de aumentar las fuerzas físicas, mientras el hombre del siglo XIX discurrir con encantadora ligereza sobre los fenómenos naturales y los misterios metafísicos. Los primeros sólo poseían una miserable choza ó habitaban en incómodos castillos, en tanto que el segundo pasa el invierno al lado de confortables chimeneas y duerme en habitaciones estucadas; para los unos anochece al ocultarse el sol, y para los otros no anochece nunca, porque el gas es la luna del progreso: eran los hombres antiguamente rústicos, testarudos é ignorantes, y hoy son políticos, flexibles y disfrazan con habilidad sus pensamientos. La lucha á que se entregan diariamente, no es la guerra brutal y franca del salvaje, sino un exterminio culto en que el hombre mata al hombre, pero no se come luego su cadáver. Este torneo civilizado, esta encierca humana, esta magnífica confusión, ese estruendo tan necesario hoy en la vida, es lo que me seduce y me distrae; te aseguro que en la novela del hombre, hemos llegado al capítulo más interesante.

Luciano le miraba con espanto.

—Estoy contento, prosiguió el espíritu: el aire me trae por todas partes mensajes halagüeños; elige un cuerpo á tu gusto entre todos los que puedas imaginarte, exceptuando el tuyo propio.

—Nunca! respondió Herrera con firmeza.

—¿Preferes la vejez? ¿Renuncias á Clotilde?

—Me resigno á mi desgracia; el hombre no debe elegir su destino porque no sabe lo que le conviene.

—Pero el amor, la juventud y la vida te esperan en el mundo.

—Mi amor ha sido olvidado...

—No lo creas.

Y el diablo señaló á Luciano una habitación á cuyo aspecto su corazón latió violentamente.

Allí estaba Clotilde con su traje de baile y sus adornos; pero en vez del rostro encendido y alegre, tenía las mejillas pálidas y los ojos tristes y llorosos. Pasado el vértigo de la fiesta, volvía al mundo melancólico de sus recuerdos.

—¿Lo ves? dijo el diablo; saca el estuche de tus cartas: besa una flor que tú la diste y vierte una lágrima á tu memoria.

Luciano la contemplaba conmovido.

—Y ahora ¿prefieres el cuerpo de D. Brulio cuyas pulsaciones se extinguen poco á poco?

—¿Qué me importa el cuerpo?

—¿Estás loco?

—Al contrario: ya no temo á la muerte, porque tengo en el mundo quien me llora.

—Clotilde morirá de pena...

—Así nos reuniremos más pronto.

—O se consolará de tu muerte con otros amores.

—Miserable! exclamó Luciano con ira: has perdido mi cuerpo; pero no esperes apoderarte de mi alma. Aún no ha espirado el plazo: devuélveme á D. Brulio este cuerpo que le pertenece y que poseo indebidamente.

—¿Proyectas un suicidio?

—No: pero mi cuerpo es un cadáver y mi alma debe ser ya libre.

—Desgraciado! Me compadezco de tu situación: elige un cuerpo.

—Plaza á mi alma, que quiere dar cuenta á Dios de sus pecados. Espíritu rebelde, en nombre de Dios te exijo que cumplas tu promesa.

—Clotilde te llama!

—Soy un alma sin cuerpo; devuélveme la libertad; ha terminado ya mi cautiverio.

Y Luciano Herrera se abrazó á la cruz de hierro de la cúpula, encomendando á Dios su espíritu.

El demonio sacudió violentamente entre sus manos un cuerpo sin vida y se precipitó con él sobre la tierra.

TIN.

LA GRUTA.

Á DON EDUARDO GASSET MATHEU *.

EPÍSTOLA.

¿Quieres que yo la misteriosa gruta,
Preciosa joya de este ameno valle,
Describa? — Mucho exiges.
Á mi disculpa niegas el oído
Y tu insistencia mi desdicha labra;
Si ante tamaña empresa
El más diestro pincel queda roncado,
¿Quieres que venza yo con la palabra?

Mi lealtad te fia
Del sugeto la alteza;
La más arrebatada fantasía
Jamás imaginó tanta grandeza;
En su lóbrego seno,
De tibia antorcha al resplandor escaso,
Del bátraco tremendo
Descubrirás un infernal trasunto;
Bañada por el sol, ya en el ocaso,
Es un palacio de hechicera maga,
Grave poema, ó delicioso idilio,
Inestimable asunto
Para Dante, Tacerito ó Virgilio.

¿Qué espectáculo! — Escucha:
Bajo el humilde lecho
Por donde corre el espumoso río,

* La maravilla geológica que en estos versos describe nuestro querido amigo el Sr. Muntadas con tanta valentía y fidelidad de pincel como puede ser copada la naturaleza, cuando ofrece á nuestros ojos un inmenso palacio de rocas, de luz, de color, de misterio y sublime grandeza, se encuentra en la posesión del mismo, conocida por el *Monasterio de Piedra*, á pocas leguas de Zaragoza.

LA ILUSTRACION DE MADRID prepara un estudio literario y artístico de este admirable sitio, por desgracia poco conocido aun, y que es la admiración de cuantos españoles y extranjeros lo visitan. Allí la naturaleza ha precedido y sobrepajado á la fantasía del Dante y de Gustavo Doré.

Respecto á la composición que hoy insertamos, solo diremos que aunque basta leerla para apreciar su mérito, no puede apreciarse en el justo valor que tiene, si no se conoce el magnífico, el maravilloso lugar en ella descrito.

Detrás de la cascada
Que las peñas azota
Con incansable brío,
Prodigio de hermosura,
Lentamente ha formado
El agua, que destila gota á gota,
Soberbia catedral de inmensa altura.
Al penetrar en la atrévida nave
Pierde el pecho la calma,
Un sentimiento religioso brota
Desde el fondo del alma:
Quien sea, anciano ó mozo,
El docto, el ignorante,
El creyente, el ímpio
Se encuentran subyugados
Por tanta maravilla,
Ven la mano de Dios allí estampada,
Y exclaman humillados
Al pronunciar un sacrosanto nombre:
«Ante el poder de Dios ¡qué vale el hombre!»
En la vasta techumbre,
Despertando terrores,
Enormes rocas miro suspendidas
De vária forma y vívidos colores,
Con plantas guarnecidas,
Meaciéndose lozanas
Del aura al suave impulso;
Y en el costado innumerables cavernas,
Ricos doseles, festonadas cintas,
Preciosas filigranas
De broncadas tintas;
Cuántas visiones el cerebro turban
De hombre calenturiento
En impropia tarsa,
Aves y monstruos, furias y vestigios,
Todo allí se dibuja;
Verás allí una mano gigantea
Y misteriosa bruja,
Mientras el agua, en blando movimiento,
Se acerca y se retira
De los labios de un Tántalo sediento.
Sobre el sedoso musgo
Que las paredes cóncavas guarnece,
Entre acuáticas yerbas
La capilaria crece;
Y por sus limpias, delicadas hojas,
Y entre las peñas de medroso aspecto
Centofantas y rojas,
Hilo á hilo, en cascada
Filtrase el agua como polvo leve
Que apenas se percibe,
Impetuosa ó pausada,
Y un imponente lago la recibe.
¿Guay del incauto que en sus claras linfas
Ose fiarse, á la sospecha ajeno!
¿Pérfido lago! Hierven insidiosas
Profundas simas en su limpio seno.

Ancho campo te brindan
A la meditacion estos lugares:
En la brisa que vuela,
En el musgo, en la gota trasparente
Que cae lentamente
La vida se revela.
¡Maravillosa gruta!
Desde la boca al fondo,
En cada estalactita
Dijérase que allenta y que palpita;
Y al declinar la tarde,
Cuando el sol centallea
E inunda el antro todo,
Á través de la inmensa catarata
Que cubre como un manto
La titánica boca ¡de qué modo
Se acrecienta el encanto!
Ya distinto se ofrece
El contorno, antes vago:
Destácanse las masas vigorosas
Con la esplendente luz que las colora,
Desde la roca al lago,
Dos iris de belleza encantadora
Suben, bajan, se extienden,
Pasan y vuelven á brillar, en tanto
Que entre frescas guirnaldas
Cae una espesa lluvia
De topacios, rubíes y esmeraldas.

Próximo el sol á hundirse en el ocaso,
Sinistra luz redéjase en la gruta
Como signo de muerte,
Y el iris se transforma...

En lo más alto de la erguida nave
Revolotea, gira y se convierte
En ave de plumaje peregrino...
Y desaparece el ave.
Enclavada se mira en la techumbre
Lámpara sepulcral, y en ella brilla,
Entre impalpables sombras,
No una luz, una brasa
De color mortecino
Que se trasforma y pasa.

Las sombras de la noche lentamente
Cubrieron el espacio:
Venec a la luz la sombra
Y la muerte a la vida;
Del soberbio palacio
La rica pompa y mágica belleza.
Miro desvanecida,
¡Ay! de tanta grandeza
¡Quéda sólo una lámpara extinguida!
Simbólico recuerdo
Que alta enseñanza para el hombre encierra.
Tregua a la admiración; mi ser invade
Dulce melancolía
Que yo no encontraría
Por la mayor ventura de la tierra.

Eduardo, adios.—La mano creadora,
Aquel Poder por quien el mundo existe,
Sumiso reverencio;
En esta dulce soledad, es hora
De meditar— ¡Silencio!

J. FREDERICO MUNTADA.

Pisera, agosto 1832.

TRADICIONES MADRILEÑAS.

EL CABALLERO DE GRACIA.

Jacobo de Grattis, eslariseido hidalgo de Módena, que agregado a una embajada, había venido de su país a la corte del austero Felipe II, era todo un aventurero, rico, galán y deslumbrante. Con asombro de la villa y al abrigo de su nombre y calidad, entregábase el joven italiano a cuantos excesos y libertades le permitian sus riquezas y su valor, y en medio del lujo más refinado, metido siempre en empresas amorosas y caballerescas aventuras, volaba la fama de Jacobo desde los estrados del real alcázar hasta los más apartados rincones de la población. No había caso estupendo de amores, serenatas a media noche, estocadas a todas horas, en que el nombre del noble modenés no apareciese siempre en primer término, rodeado al propio tiempo del fausto más sorprendente; liberal con los pobres, pródigo con sus amigos, altivo con los poderosos y galán con las bellas, Jacobo de Grattis era la admiración del vulgo, el coco de padres y maridos y el temerón de rondas y jugadores. Para él no había beldad segura, ni ruían valiente; daba una estocada al lucero del alba con la misma facilidad que vertía el oro en los tapetes de una mesa de juego ó en las manos del mendigo. Madrid se hallaba asombrado de sus hazañas y de sus hechos diabólicos, ríegos y estupendos.

Acababa de llegar a la villa el ilustre D. Lope de Gurrea, infanzon entendido y leal enviado por el reino de Aragón cerca de la augusta persona de Felipe II, para tratar con el Consejo Real la grave cuestión sobre los Fueros y sucesos de aquel país, terriblemente alterado entonces por la celebre causa de Antonio Pérez.

Gozaba D. Lope de toda la confianza del Soberano, cuya suspicacia extraordinaria había adivinado toda la nobleza y fidelidad que se encerraba en el corazón de aquel hidalgo aragonés.

Tenia Gurrea una esposa cuya virtud y belleza formaban el mejor timbre de su escudo, y vivía feliz y dichoso compartiendo su existencia entre el servicio del monarca y el cariño de doña Engracia.

Ocupado en la importante misión que le estaba encomendada, con sumo interés y afán por dar feliz resolución a los asuntos de Estado y que tanto afectaban a su querida patria, concretábase D. Lope a un pequeño círculo de relaciones, y para ello fijó su residencia en una quinta que a las orillas del Manzanares elevaba sus antiguas torrecillas de pizarra por entre los copudos olmos que guarnecían las márgenes del río.

Doña Engracia, lindísima mujer de esbelto talle, céntis trasparente, ojos negros y caballo de ébano, amaba a su esposo con el entusiasmo de un primer amor. Su virtud corría parejas con su hermosura, y bien podía citarse la bellísima zaragozana como ejemplo de fidelidad y amor.

Jacobo, en uno de sus frecuentes paseos a la Tela, había visto a la esposa de D. Lope en un mirador de su quinta, y fascinado por aquella gentil belleza, hasta entonces por él ignorada, informó primero de su calidad y nombre, y por último dirigió sus simulados ataques hacia aquella plaza arrogante. En vano empleó todas las trazas acostumbradas, en vano pasaba noches enteras rondando los alrededores de la casa, y expuesto a ser notado por el marido ó reconocido por la ronda: Jacobo nada conseguía, aunque tampoco era hombre que cejase en su propósito una vez empeñado. Dávivas que brantan peñas: nada de extraño tenía que las ofertas y donativos del modenés quebrantasen la fé de una criada, digna de las comedias de Tirso, y que con el nombre de Fenisa servía a doña Engracia. La doncella llevó un billete a su ama, que no contestó; Jacobo dobló sus asechanzas, se hizo perenne centinela de la casa de D. Lope, y en más de una ocasión tuvo que esquivar el encuentro del esposo, que de un momento a otro podía comprender el suceso, y el desenlace entonces fuera terrible.

Una tarde que doña Engracia, seguída de Fenisa, tornaba a su casa de vuelta de varias devociones, don Jacobo, que, según su costumbre, ó tal vez avisado de antemano por la criada, se hallaba paseando por las montuosas cercanías de la Puerta de la Vega, al divisarlas, dirigióse apresuradamente a su encuentro, y hé aquí que cerrando el paso a la jóven la exige con inusitados rugos un momento de atención. Rechaza Engracia tal osadía, y temerosa al propio tiempo de que su capáo les sorprendiese y diera otra interpretación al suceso, accede por fin a escuchar a Jacobo, con ánimo de vencer su pertinacia y alcanzar que el importuno jóven la dejase libre de sus atrevidos é impertinentes galanteos. Apartáronse los tres a un lado de la Cuesta de la Vega, junto al muro y bajo el arco donde, alumbrada por una débil lamparilla, se divisaba medio oculta en la sombra del cropúsculo la imagen de la Virgen de la Almudena.

—Caballero, exclamó doña Engracia, he recibido vuestro billete, que he quemado sin abrir; he visto todas vuestras locuras, y aprovecho este momento para desiros que me hallo pronta a arrostrar la muerte antes de pensar siquiera que yo puedo olvidar mis deberes: soy noble y sé lo que me cumple; adoro a mi esposo, le respeto y guardo su honra, que es la mía. La firmeza de las de mi país os deba de sobra ser conocida, y en las hembras de mi raza es proverbial preferir el martirio mismo a la mancha más pequeña de deshonra.

—Señora, contestó Jacobo, a quien las altivas palabras de la dama habían irritado; señora, si los de vuestro país son firmes en sus propósitos, los del mío no acostumbran a retroceder nunca; si vos amais a vuestro marido y defendéis su honra, yo estimo demasiado mi amor propio que acobarda de herir, necesito vengarme, y me vengaré continuando en mi empresa, siendo vuestra sombra y arrestando todos los peligros por veros un día humillada a mis plantas.

—La Virgen será mi amparo, caballero, repuso Engracia con exaltación; vos queréis hundirme en un abismo y yo pongo por mí ascendiendo la imagen bendita que desde esa capilla nos está contemplando.

—Yo apelaré a Luzbel! gritó el italiano exasperado.

—Hidalgo, interrumpió la dama como inspirada, ¿tenéis madre?

—¡Mi madre! contestó el modenés estremeciéndose; mi madre es aún la mitad de mi vida, como vos sois la otra mitad; mi madre, sí, en tierras de Milan, lloraría hoy mi desgracia si supiese hasta qué punto habeis vos despreciado mi corazón.

—Caballero, por vuestra madre bendita, cuyo recuerdo invooco, apartaos de mi camino.

—Soy inflexible, señora; guerra a muerte, y ¡ay de vos! contestó Jacobo con firmeza y desapareció embozándose en su tabardo. Engracia, lanzando a la Virgen de la capilla una mirada de dulzura y esperanza, y rebojándose en su manto, seguída de Fenisa se dirigió a la quinta. La noche había extendido su velo de sombras, y apagándose todos los sonidos, presto reinaron por completo el silencio y la soledad.

Al siguiente día Jacobo de Grattis, que se hallaba animado de una terrible ira originada por las protestas de doña Engracia, firmó al propio tiempo en su idea,

ragando por los alrededores del alcázar topóse con la criada, que había salido a encontrarle. Una nueva extraordinaria vino a estremecer el ánimo del enamorado caballero. D. Lope de Gurrea, comisionado por el rey, debía partir para Zaragoza aquella misma mañana, y doña Engracia en tanto y mientras durase la ausencia de su esposo, habitaria en el convento de Santo Domingo el Real, donde se hallaba una parienta de D. Lope y cuyo sagrado monasterio la ofreciera seguro refugio en su soledad. Alegróse el hidalgo, porque en aquel instante se levantó en su acalorada mente toda una maravillosa y caballerescas aventura; pagó con prodigalidad la confianza del Mercurio femenino, y separándose de la criada se dirigió a su suntuoso palacio, que rodeado de floridos vergeles se levantaba no lejos de la Puerta del Sol, en una calle que despues y por etimología de aquellos frondosos parques, había de apallidarse *calle de Jardines*.

Todo el día estuvo el italiano encerrado en su casa, su ánimo intranquilo, una fiebre lenta comenzaba a apoderarse de su cuerpo. Durmió un sueño agitado; al amanecer del siguiente día, embozándose en su capa y cruzando calles y plazuelas, se halló al fin junto a la portaría del convento de Santo Domingo, dióse allí de manos a boca con el demandadero de las madres, vejete hablador y curioso, que a pocas insinuaciones enteró al jóven de todo cuanto deseaba saber, esto es: que doña Engracia se hallaba ya en la reclusión y que habitaba una celda separada de las demás, a un extremo del edificio y en una torrecilla ó pabellón de la huerta del monasterio. El corazón del hidalgo latió con violencia, y decidido el italiano a no perder la ocasión, usó de tales argumentos, de tan persuasivas insinuaciones, que masas Gilóo, tal era el nombre del cicero en cuestión, mitad demandadero, mitad sacristán y con sus puntos de hortelano, ofrecióse en todo, y Jacobo se despidió del vejete hasta la noche.

Llegó ésta un tanto oscura y tempestuosa; las nubes ocultaban el disco de la luna, gruesas gotas se desprendían de aquellas, y el siniestro fulgor de algún relámpago precedía al eco lejano del trueno, ahogado por el bramido del vendabal que soplaba con fuerza, haciendo vibrar las veletas de las torrecillas y campanarios.

El caballero de Grattis salió de su casa no sin haberse prevenido con dos magníficos pistoletos flamencos, que colgó al cinto, del que ya pendía su rica espada toledana; guardó una bolsa repleta de oro, y embozado en su capa, con el sombrero hasta las cejas, se dirigió a la puerta de las Atalayas, subió la áspera colina y por fin se halló ante el convento de Santo Domingo, que, como un gigante de piedra, levantaba en la oscuridad sus botaracas, alquitranes y miradores. La tempestad bramaba lejos, pero se aproximaba; el viento rujía con fuerza y las copas de los árboles formaban un rumor sordo y extraño. Las onas acababan de sonar en el reloj del alcázar, y Jacobo comprendió que había andado impaciente en acudir a la cita, porque masas Gilóo no soriría la puercicilla de la huerta, que era lo convenido, hasta tanto que diesen las doce, hora en que ya no peligraban ser descubiertos por nadie. Así, pues, el jóven suspiró y resignóse a esperar una hora, pero una hora en semejante sitio y con tal tempestad encima, era un siglo. Jacobo le pensó así; por otra parte, la sed le devoraba, un ardor desconocido se difundía por sus venas, pero el modenés no se hallaba en ocasión ni ánimo de retroceder aunque la fiebre le acometiese, y así, recordando que junto al muro y al lado de la puerta de la villa había visto una especie de valleta ó tenducho donde se acostumbraban reunir a beber y jugar los ruñanes del barrio, bajó en dirección al sitio, y guiado de la luz que brillaba por las rendijas de la puerta, hallóse pronto en una estancia húmeda, y a la sazón desierta, sentado junto a una mesa, y allí, servido por el patron de aquel cubil, mozo callado y ladino, morisco de origen, Jacobo apuró sediento un par de medidas del tinto, y abstraído en sus pensamientos, esperó la hora silenciosa y estibada.

Por último, el hidalgo se estremeció: el viento trajo el eco lejano de doce campanadas. El italiano alzóse de su silla con un movimiento rápido, pagó al tabernero y se lanzó a la calle. El aire era terrible y la tempestad se hallaba próxima: Jacobo, rebujado en su capa y como desafiando a la tormenta, trepó la cuesta y no sin trabajo pudo llegar hasta el muro del convento; la puerrecilla del jardín se hallaba abierta. El atrevido galán penetró en la huerta: no había nadie; la soledad reinaba por completo en aquel sitio; los árboles se agitan con fragor é los impulsos del huracán, y la fugaz claridad del relámpago ilumina fantásticamente las sombrías calles del jardín. Sin temor sigue el atrevido aventurero su camino en dirección a la parte del edificio: había

convenido con el demandadero que ésta le conduciría hasta el pabellon habitado por doña Engracia; creyó Jacobo hallar a su guía en aquel paraje; un relámpago le hizo ver que se encontraba en una plazuela de cipreses a la cual hacia frente la fachada del monasterio; el aventurero impaciente necesitaba de la ayuda del portero y se decidió a esperar; una sensación extraña oprimía su pecho, parecía que su corazón luchaba contra un poder desconocido; Jacobo se dejó caer sentado sobre un banco de piedra y cerró los ojos maquinalmente, apoyando su abrasada cabeza en sus manos calenturientas. De repente un rumor extraño le sacó de su abstra-

mento. Jacobo, en medio de su estupor, lanzó una exclamación de alegría; aquella mujer era doña Engracia; en aquel momento el italiano se olvidó de todo; decidido a no abandonar su presa, levanta del suelo a la inerte joven, y colocándola sobre su hombro izquierdo, teniendo en la diestra el acero desnudo, arroja una carcajada histérica y se lanza al claustro en busca de la salida.

A oscuras y con tan dulce carga, camina Jacobo con rapidez en aquellos silenciosos corredores, sin poder dar con la ventana por donde penetró. Sobre sus ojos parece que cae una venda de fuego; zumba en sus oídos un rumor sordo; sigue, sin embargo, el raptor su precipitada

frontera recibe la impresión de unos labios fríos, sobre sus ojos se destacan resplandores rojos y blancos como un océano de luces fosfóricas; aterrado, tiende Jacobo sus manos en la oscuridad buscando el cuerpo de Engracia para huir con ella de aquel lugar siniestro; sus manos dan, en fin, con un bulto tendido en el suelo; el joven quiere alzarlo, suena una carcajada estridente, el italiano da un grito; Engracia en sus brazos se ha convertido en un esqueleto repugnante; el aventurero quiere alzarse y siente que le asan de los cabellos, intenta gritar y no puede; las paredes dan vuelta en torno suyo, Jacobo tiende los brazos, y se deja caer en las tinieblas... se ex-



IGLESIA DE SAN QUÉSIMO EN DONCHERY, HOY HOSPITAL DE HERIDOS FRANCÉSES DE LA BATALLA DE SEDAN.

ción; el modenés juzgó que tal vez se aproximaba su guía y abrió los ojos.

La sangre se heló en sus venas.

La luna había rasgado las nubes y lanzaba sus rayos pálidos, iluminando con resplandores amarillentos la huerta y las paredes del monasterio.

Jacobo vió con asombro delante de sí a D. Lope de Gurrea con el acero desnudo y contemplándole con risa sardónica; de un salto se puso al galán de pie, y con tal fortuna, que logró esquivar así una terrible estocada de su adversario. Vibró Jacobo su espada, y en silencio trabóse allí una lucha espantosa: mudos los dos contrincantes, redoblaban sus esfuerzos con nueva rabia; la fortuna favoreció al italiano, tendiéndose a fondo y Gurrea cayó sin exhalar un gemido, traspasado de una mortal estocada: aterróse Jacobo, había ido más lejos de lo que pensaba, pero no era tiempo de retroceder; examinó a su adversario, un torrente de sangre brotaba de su herida y era cadáver. A favor del resplandor de los relámpagos, el joven aventurero distinguió una ventana baja que comunicaba al claustro y se lanzó por ella; siguiendo las instrucciones que Gildo le había dado por la mañana y él conservaba en su memoria, presto se encontró ante una puerta entregüerta, tras de la cual brillaba una luz. Jacobo por un impulso extraño se precipitó en aquella celda. Una mujer vestida de blanco y ocupada en orar ante un cuadro de la Virgen, se hallaba en aquel cuarto iluminado por una lámpara; al ver al italiano ella dió un grito de espanto y cayó sin sentido sobre el pavi-

marcha. Al volver una esquina ve luz que se acerca con rapidez hacia él, y a poco una monja, cubierta con su velo y alumbrándose con una lámpara, le cierra el paso gritándole con voz hueca: ¡sacrilego! Intenta el joven seguir su camino, la religiosa se ase a su capa, forcejea aquel, pero las manos de ésta le sujetan como garfios de hierro. Exasperado, ciego, frenético, arroja Jacobo una maldición y lanza una estocada de frente. Suena un grito espantoso, la monja cae, rueda la luz en el suelo, y alumbra un instante a la religiosa tendida, ensangrentada y su rostro cadavérico ya descubierto. La lámpara se apaga, un alarido de horror se escapa de los labios del aventurero al contemplar un instante las facciones de la monja, que en la oscuridad repite: ¡sacrilego! Faltante al hidalgo las fuerzas, cae de rodillas, deslízase de sus hombros la joven desmayada, que viene a caer junto a la religiosa. Jacobo siente que sus cabellos se erizan, la voz se ahoga en su garganta; en el rostro de la monja, alumbrado momentáneamente por los últimos fulgores de la lámpara ya apagada, había visto el italiano las facciones inolvidables de su madre.

Un sudor frío envuelve al galán; fijos sus ojos en la muerta parece querer divisar su rostro a través de la oscuridad, tiembla, brilla un relámpago, y Jacobo grita: ¡Madre mía! ahogando su voz un trueno horroroso.

El asesino desfallece, su cuerpo al parecer se halla rodeado de una llama que le deslumbra sin quemarle; resuena en sus oídos un eco penetrante que repite: ¡Parricida! Sombras fantásticas revolotean en su derredor, su

frontera... abre los ojos, y lanza una exclamación de asombro.

El día comenzaba a clarear, el joven hallábase tendido sobre un escalon de piedra que servía de pedestal a una cruz de hierro; se había dormido y despertaba al eco dulce de la campana del convento que tocaba a la oración; el cielo puro y diáfano anunciaba una hermosa mañana de luz; los pájaros entonaban sus trinos desde la enramada, la blanda brisa acariciaba los arbustos, y la aurora despedía nítidos visos de un resplandor incierto y melancólico.

El hidalgo se alzó sorprendido y respirando con fuerza... había sido víctima de un ensueño, mas algo de extraordinario debía aún suceder. El aterrado modenés vió frente a él cuatro hombres embozados en sus capas, y que en silencio parecía hallarse guardando su sueño; así que el aventurero se levantó con tales señales de sorpresa y espanto, uno de los embozados se adelantó hacia él descubriéndose.

Aquel hombre era Mateo Vazquez, Alcalde y Consejero de S. M.

—Señor, dijo el servidor de Felipe II dirigiéndose al italiano: vos perseguiais a una noble matrona; temiendo ella por la vida de su esposo, declaróse al Soberano; el rey prometió protegerla, y creyendo que la libraba ordenó el justo engaño de hacerlos creer que se refugiaba en un monasterio. S. M., siempre prudente, quería probar hasta dónde llegaba vuestra osadía; habeis caído en vuestras propias redes, y de orden del monarca, como

sacrilego profanador, os intimo me sigais á las cárceles del Santo Oficio.

—Alcalde, replicó Jacobo descubriéndose, si es cierto que la locura me guió á un abismo, respetemos los juicios de la Providencia que me salva; y si para expresaros mi arrepentimiento se necesita exponer el sacrificio, yo os pido en nombre de Dios, del Supremo Hacedor, que con sus avisos esta noche ha despertado mi alma, me conduzáis á la presencia del rey. No es el caballero quien os ruega, es el penitente que os suplica.

Vazquez, sorprendido, no replicó y condujo al italiano á presencia de Felipe II.

El misterio más impenetrable envolvió este suceso. Engracia, al hacer al soberano confidente de su situación angustiosa, había conseguido salvarse juntamente con su noble esposo, ignorante de todo.

Asombrado presenció Madrid entero la repentina mudanza y trasformacion de Jacobo de Grattis, el cual, donando toda su inmensa hacienda y cuantiosas riquezas á los pobres, fundó en uno de sus palacios un convento de padres del Espíritu Santo, cuya iglesia se llamó Oratorio del *Caballero de Gracia*, transmitiendo dicho nombre á la calle; y retirándose el modenés á la vida austera y contemplativa, siempre virtuoso y bendecido, murió á la cansada edad de ciento dos años, siendo sepultado en la iglesia de su nombre.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

BARCELONA.

El que ha visto á la antigua ciudad animada por el activo carácter de sus hijos, resonando con el fecundo estrépito de sus fábricas y talleres, embellecida con la confianza de las continuas mejoras que cada nuevo sol descubre á propios y extraños: ¡de cuán profunda pena ha de sentirse poseído al verla hoy desierta, silenciosa, abatida, con señales y amagos de muerte en todo su vasto recinto!

La ciudad hospitalaria, la que siempre acogió benévola al extranjero, hoy rechaza á sus propios hijos: la vida se extingue en sus tranquilas playas, se extingue respirando su ambiente.

Verla desde las altas cumbres que la rodean; verla bañada en sol, rodeada de pintorescos pueblecitos, convida á bajar la suave pendiente, entrarse por sus revueltas calles para gozarse en la contemplacion de aquellos famosos testimonios de su gloriosa antigüedad, entremezclados con las altivas promesas de otras glorias pregonadas por lo grandioso de sus obras modernas.

Pero ¡quién se atreve á penetrar allí, donde los pasos del hombre despiertan ecos lúgubres; donde lo que era centro de vida es hospital de apesados; donde se enmohece inerte el antes velocísimo volante; donde al continuo acarreo de productos de una industria creadora é infatigable, ha sucedido el ir y venir de los despojos de la muerte?

Aquellas aguas del risueño Mediterráneo eternamente bendecidas, son como los lagos mortíferos de las leyendas de otros tiempos. Sustentaban no há mucho largas hileras de buques, cuyas banderas y gallardetes alegrando de muy lejos la vista mostraban al aire sus diversos colores, atrayendo á los hombres de todos los pueblos á comunicacion gozosa. Hoy visten luto las naves; desparramadas yacen evitando todo contacto unas con otras; el temor del invisible enemigo abate el ánimo de aquellos esforzados catalanes que lucharon vencedores con las tempestades del Océano, y allá, en la sombría noche, el cruzir de las maderas en las aguas semeja penosos gemidos de todo un pueblo.

Las que fueron casas de recreo en el apacible llano, son hoy refugios de dolor para sus dueños; el miedo las rodea; el miedo las habita; á cada instante el morador, pensando en la ciudad, pregunta: ¿qué será de los que allí dejamos?

En vano sería buscar por Barcelona aquella inmensa muchedumbre que con el alba acudía presurosa á buscar en el trabajo el diario sustento, y al caer la noche, saliendo de las vastísimas cuadras, lo inundaba todo, atestiguando que el honroso trabajo y la inestimable salud hacian mansion en la patria de los más agradecidos hijos.

La muerte y el pánico vertiginoso, los recuerdos de otro azote semejante al que hoy aflige á tantas familias, convirtieron en desierto moradas, calles, plazas y paseos.

Á la vista quedan los rótulos ostentosos de los bazares atestados de objetos de lujo: quedan en pie sus teatros;



BARCELONA.—VISTA QUE EN LA ACTUALIDAD OFERCE EL PUERTO NUEVO.

guardados están los ricos brocados; almacenadas ó soterradas cautelosamente las preciosas alhajas de sus joyerías; todo lo tenía aperechido la gran ciudad para el regalo de los afortunados, más; ay! la muerte se cebaba en la prole del menesteroso; la muerte volvía á cebarse y, ¡ni un albergue, ni un preservativo, ni un sudario para el pobre! Y antes que la caridad encendiese los corazones de los poderosos, el miedo les había llevado en sus alas lejos de los que sucumbían, y un asombro, un género de estupor inexplicable paralizaba el movimiento de los que debían acudir, no ya como ciudadanos, sino más bien como padres, á los que aún sobrevivían al estrago.

Los que nacieron en pobreza en otras regiones menos felices, enviaron á sus tiernos hijos á climas más bonancibles.

Apenas balbuceaban los tiernos niños aquellas palabras de su dialecto más preciosas para pedir caricias y alimento, y ya recorrían las calles de la gran ciudad á merced de la limosna del extranjero. Para decir: "Tengo hambre, tengo sed, tengo frío," hacían sonar la cuerda de un arpa, ménos grata al oído y al corazón que su vozcita.

La peste les sorprendió desnudos, solos, lejos de su tierra y de sus padres; el arpa sonó y sólo ellos entendieron su sonido; lloraron por la moneda de cobre, lloraron por el mendrugo y acompañaron su llanto con extremos dolorosos hasta romper las cuerdas que pedían por ellos.

Yo he visto á esos niños en la fría madrugada, extendidos al pié de un árbol, ya sin aliento y sin lágrimas.

Otros niños salieron á la calle poco há dando voces: ¿á quién? Nadie los oía.

Traspusieron su pobre morada, pisaron la calle, levantaron los ojos en busca de un ser humano. Las puertas estaban cerradas y más aún parecían estarlo los corazones.

Aquellas criaturas habían acudido al lecho de sus padres pidiéndoles pan; habían sacudido la cabeza de la madre sobre la almohada, ayezados como estaban á acudir á ella para que aplacara su hambre; el silencio sombrío y la impasibilidad de aquellos que solían privarse por ellos del necesario alimento los lanzaron á la calle.

Los padres de aquellos niños estaban muertos. Muertos hacía días.

Los vastos hoteles han cerrado sus puertas; los cafés de Barcelona desde largo tiempo celebrados por su buen gusto y su riqueza, centros donde se debate acaloradamente sobre industria, sobre política, sobre comercio; centros que participan á un tiempo del club, de la lonja de contratación, de la academia y aún tienen espacio para acoger á numerosas familias que acuden tranquilas á solazarse con el espectáculo de la agitación ajena; son hoy tristes como catacumbas abandonadas: podrías creer que la vida huyó de ellos desde hace un siglo.

La calle predilecta de los barceloneses, la Rambla, recorrida día y noche por los hombres de negocios, por los celosos, por los viajeros, especie de estrecho que divide la ciudad en dos continentes, la Rambla suele ser el centro de vida de Barcelona.

Allí los indicios de mayor cultura; los libros, los teatros, los anuncios, los periódicos, el bolsín, el Ateneo, los grandes hoteles, las administraciones de ferro-carriles, las revistas militares; allí los grupos de escolares y artistas: desde un extremo se descubre el hermoso comienzo del ensanche; desde el extremo opuesto, el mar y aún el grandioso comienzo de un nuevo puerto; de su centro parten las calles más rectas, alegres y concurridas.

Nunca como hoy á las mejores horas del día se ha visto no pisada por planta humana la larga extensión de aquel paseo, tan alegre en los días de salud: el paseo es un yermo y los árboles que á uno y otro lado se levantan despiden ya tristemente sus amarillas hojas, como si jamás hubiesen de volver á dar sombra á los humanos.

Allí, en aquel paseo mismo, ha vomitado otras veces el cañón la mortífera metralla; allí las luchas civiles han arrojado á los hombres unos contra otros para despedazarse bárbaramente; por allí han discurrido soubrios y con amenazadora mirada los esbirros de los déspotas, provocando el horror y la ira de los honrados, y sin embargo, la batalla y la muerte misma no han causado el horror que ahora causan la soledad tranquila y el no turbado silencio, y el miedo á los esbirros no aterraba tanto como al diáfano ambiente.

En medio de la pelea había la esperanza de vencer ó morir con gloria; contra la persecución y el asalto nocturno de la morada había el amparo del amigo, el seguro del escondrijo; hoy no hay defensa, no hay esperanza, no hay refugio contra el ciego poder que amenaza las existencias.

Refugio! El hospital es un refugio para el hombre de inseguros medios, para el que ha vivido siempre á la ventura; mas para un pueblo cuyos hijos animados de espíritu positivo entran en la pubertad economizando parte de su esesajo jornal para no quedar á merced de lo imprevisible; para los que se condenan á vida menesterosa con tal de no vivir un sólo día en la miseria, el hospital no es refugio, es ergástula, es sarcasmo de muerte.

Desdichado del que agotó sus pobres ahorros en estos días. Lleva consigo á su esposa, coge en brazos á sus hijos y corre por el mundo para que le dejen ganar el pan con su trabajo.

Pero los hombres de otros pueblos conocen que viene de la ciudad apesada, y le cierran sus puertas, y le arrojan al camino, y le niegan el agua para su sed, y la piedra en que podría descansar la cabeza.

Así se ha visto, El barcelonés, que ha derribado sus murallas, que ha destruido sus puentes levadizos, como abriendo su casa y sus brazos á todo semejante suyo; el que mil veces ha expuesto su vida para conquistar y guardar la libertad de todos, tiene un día de desgracia, de desgracia llevada á su seno por hombres de otra tierra, y al abandonar la suya huyendo de una muerte cierta, ha sido maltratado, rechazado, abandonado á la desesperación, como forzándole á elegir entre dos muertes.

La codicia pobló con exceso el barrio que se levanta sobre el andén del puerto de Barcelona; la codicia consentió que en aquel barrio se acumulasen las moradas; algunas de ellas se alzaron sobre la húmeda arena de la playa para caer al día siguiente; no importa; para cada licencia de edificación se cobraban derechos; la codicia consentió que el barrio fuese siempre mal sano por el exceso de habitantes encerrados en breves espacios; la codicia no consentió que las aguas pestíferas fuesen á buscar su varriente fuera del puerto; la codicia aumentó la insalubridad, consentiendo que se crease un nuevo foco de pestilencia en el andén mismo; á la codicia atribuye la voz pública la causa inmediata de la actual epidemia, y los que no contribuyeron á eso enorme pecado, los que no lucharon con esa delincuencia son los que ya murieron, los que mueren, los que infaliblemente han de morir á consecuencia de la agena codicia.

Agradecimiento eterno á los que en estos momentos se consagran al alivio de los desgraciados; agradecimiento eterno á los que han sucumbido practicando la caridad con conocido peligro de su vida: ellos merecen que, como en el mármol, se graben en los corazones sus nombres.

Ojalá veamos pronto el término de los aciagos días; pero no lo mereceremos por nuestros simples votos; no lo mereceremos si en vez de gastar el oro en vanos objetos, no lo emplea Barcelona en mejorar sus actuales condiciones de salubridad.

Se trata del seguro de la vida, se trata de la salud de todo un pueblo.

Si no se atiende á ella, si el azote de hoy causa nuevas víctimas, ojalá sepamos á lo ménos que no se ha caído en los inocentes.

ROBERTO ROMERO.

TEATROS.

Lope de Rueda: *Las quintas*, drama en dos actos, por D. Francisco Perez Echevarria.—Circo: *Pope Ilito*, zarzuela en varios cuadros, por los Sres. Fuente y Banañas, y Cervantes.

Inequivocas señales de no conocer al público dan los que se empuñan en negarle rectitud de criterio, y le consideran como olvidadizo y como ingrato. No lo es en verdad; y los aplausos que ha concedido en Lope de Rueda á *Las quintas*, y en el teatro Español á *El encapuchado*, bastarían para demostrarlo.

Uno de los astros más brillantes de nuestra literatura contemporánea se aproxima al ocaso; un astro nuevo aparece por el Oriente; aquel se despide con variño, antes de ocultarse á nuestra vista; éste saluda con timidez á la generación que ha de ser para él sólido cimiento de gloria futura: uno y otro ocupan hoy en el hori-

zonte los extremos de un mismo camino; camino, que el primero ha recorrido entre vitorios, y termina ya, coronado de envidiables laureles, y que el segundo se dispone á recorrer lleno de entusiasmo y confiado sólo en su inspiración y en su inteligencia: Zorrilla es la luz que se extingue, Perez Echevarria la luz que nace. El poeta de ayer ofrece al público *El encapuchado*, el escritor de mañana presenta *Las quintas*: si en esta obra se observan defectos, hijos de la inexperiencia, si se nota la vacilación de los primeros pasos en la difícil y áspera senda del arte dramático, échause de ménos en la otra el vigor y la lozanía de la juventud; ¡ay! que la experiencia y la habilidad no se adquieren sino á espensas de la inspiración; porque la madurez del juicio y la exuberancia de sensibilidad no caben juntas en el espacio de un cerebro.

Ni *Las quintas*, ni *El encapuchado*, llenan por completo las condiciones del drama; sin embargo, el público, aceptando ambos con estimación y con aprecio, manifiesta que ni ha olvidado al amigo de siempre, al poeta querido, ni rechaza nunca al jóven modesto y laborioso que pretende conquistar un lugar honroso en el templo del arte.

Si el autor de *Las quintas* se había propuesto—como el título de su obra induce á creer—combatir ese tributo injusto y odioso juntamente, llamado *contribucion de sangre*, preciso es declarar con toda franqueza que, en efecto, no lo ha conseguido; más aún, en este concepto el drama *Las quintas* es contraproducente; y no podía ménos de ser así; un drama, como creación artística tiene por principal objeto la belleza; la manifestación de lo bello ha de ser su verdadero, su primer fin: si el autor de la obra, si el poeta se propone además presentar saludables ejemplos ó dar lecciones provechosas, hágalo enhorabuena, pero procurando siempre que el fin secundario no le haga poner en olvido el principal. La enseñanza en el teatro ha de ser, por consiguiente, indirecta; debe desprenderse, por decirlo así, espontáneamente de la acción; debe surgir con naturalidad en el ánimo del espectador, no evocada por consideraciones indigestas y razonamientos importantes de los personajes, sino brotando por sí sola de los incidentes diversos de la acción misma.

¿Queréis anatematizar el vicio? Leable es el intento; digna es la empresa; la tarea honrosa; pero evitad con cuidado una equivocación en la manera de realizarlo, equivocación muy posible, más aún; muy probable cuando se elige el teatro como medio de ejecución. Muchos terrenos existen en que el propósito de combatir los vicios puede llevarse á cabo; la tribuna y la cátedra, el libro y el periódico; en todos ellos el moralista y el filósofo tienen ancho campo para desarrollar sus razonamientos, para extenderse en consideraciones profundas que lleven al convencimiento á la inteligencia, y á la voluntad la persuasión; en el teatro nada de esto es posible: las pláticas no se aceptan, son insufribles las homilias y á nadie convancen las disertaciones. El poeta desaparece y sus personajes deben obrar, no discutir.

Poco importa que el vicio sea castigado; ménos que la virtud quede sin premio. ¿Qué impresión permanece fija en nuestro espíritu despues de terminada la obra?

Si el poeta ha conseguido que el virtuoso—vencido ó vencedor—se haya captado nuestro cariño; si ha logrado que el criminal—triunfante ó castigado—nos inspire horror y repugnancia; si ha excitado en nosotros el sentimiento de la caridad; si ha alcanzado á conmover alguna fibra de un corazón, muerto en apariencia, habrá hecho cuanto es posible hacer: tal es la única moralidad, tal la única enseñanza que en el teatro se obtiene.

Concretando ahora estas reflexiones á *Las quintas*, ¿ha presentado el autor ese pernicioso y funesto vicio social con tales colores que se haga aborrecible al espectador? No, ciertamente.

Dos víctimas de la contribucion de sangre aparecen en escena: Julian y Perico; el primero, jóven digno; honrado y trabajador, sufre varias contratiempos (y es muy discentible que sean consecuencias de *la quinta*), y por último consiguó, como vulgarmente se dice, *hacer carrera*: el segundo, muchacho de buenos sentimientos, de carácter jovial y de excelentes condiciones, pero holgazán sobre todo encarecimiento, *siervo al rey* ocho años, y torna á su pueblo tan alegre, tan campechano y tan haragán como se había ido.

¿Es esto suficiente para hacer odioso el servicio obligado de las armas?

Julian pierde á su madre, es cierto; un incendio devora la casa que le vio nacer; su prometida se une á otro hombre; desgracias son éstas que inspiran compasión, pero que podrían haber ocurrido sin que *la quinta* existiera.

Perico No-matar es el único personaje que sirve en

algo para que el espectador toque, palpe las tristes consecuencias y los efectos perniciosos de ese acto brutal que arrebató a la agricultura y a la industria los brazos más vigorosos, los hombres más robustos; pero, sin que acertemos a darnos la razón, el poeta ha hecho de Perico un tipo que casi justificaría lo mismo que se propone censurar.

Si en el primer acto se hubieran observado en Perico hábitos de trabajo, buenas inclinaciones, aptitud para algo; si después de cumplir sus años de servicio ese mismo hombre—conservando los rasgos esenciales de su carácter—regresase al abandonado hogar convertido en vicioso, inhábil para toda ocupación, incapaz de cumplir como antes con sus deberes de buen ciudadano, la presentación de Perico habría sido de verdadera enseñanza: tal como aparece es una figura más, colocada, sin gran necesidad, para dar animación al cuadro.

Pero, ya lo hemos dicho, un drama no es, no debe ser un razonamiento: lo doctrinal es en tales obras accesorio; el autor no ha probado que *la quinta* es un mal, no importa; en el teatro nada se prueba, por lo mismo que puede probarse todo: si la obra es bella, si la acción se desarrolla convenientemente, si los caracteres están bien dibujados, si a esto hay que añadir la propiedad del lenguaje y la corrección del estilo, ¿puede exigirse más?

Examinado el drama bajo este segundo aspecto, no como obra que podríamos llamar de propaganda, sino como destinada a representarse en el teatro, *Las quintas* tiene condiciones que la hacen muy recomendable.

Perico es una figura bien concebida y mejor ejecutada; el padre de Julian está magistralmente dibujado; Julian mismo, bien que no delineado con tanto acierto, es también una buena creación, sin que deba poner se en injusto olvido su anciana madre, cuya pintaresola bastaría para revelar las felices disposiciones de un poeta.

Ménos feliz, en nuestro concepto, en los otros personajes, no ha conseguido el autor de *Las quintas* justificar la conducta de Rosa, ni definir del todo el verdadero carácter de Gil, personaje que pasa sin excitar sentimiento alguno, ni de cariño, ni de odio, ni de amistad, ni de animadversión. Enamorado perdidamente de su esposa, mortificado por su desvío parece que causa lástima; mal hijo, inspira horror.

La acción, sencillísima, se desarrolla en dos actos, trascurriendo entre uno y otro el plazo, no muy breve por cierto, de ocho años; Grande amor el de Julian, que a tantas pruebas y a tantos años resiste!

Lástima grande que el autor haya creído del caso apelar a la Providencia divina con irrespetuoso empeño. Equivocado, muy equivocado medio escogen para moralizar las que llaman, en apoyo de sus opiniones, el auxilio de Dios, echando sobre el platillo de la balanza todo el peso de las justicias celestiales.

Y es mal medio, porque como, en último resultado, la Providencia en casos tales es sencillamente el poeta, que se coloca, no muy modesto, en el lugar de Dios para dispensar mercedes ó fulminar desgracias, para conceder premios ó imponer castigos, suele suceder que esos castigos y esos premios parecan medianamente equitativos, y esto redundará siempre en desprestigio de la Divinidad.

No; la Providencia nunca interviene con fruto en las obras teatrales. El bien ha de hacerse amar por sí mismo, como tal bien, no por la máquina aspiración a una recompensa; el mal ha de hacerse también aborrecible por sí, nunca por miedo torpe al castigo: el poeta ha creído que debía presentar al padre de Gil ciego, arruinado y escarnecido por su propio hijo; pues bien, ¿cómo puede negarse que es ordinario en el mundo no suceden las cosas de esa manera?

Y aun admitidas todas esas circunstancias, que, entre parentesis, no aparecen bien explicadas, el castigo de aquel hombre es excesivo; y no faltaría entre los espectadores quien contestara a las palabras "castigada la plaza a Dios," con estas otras: "podría enmendarse en verdad, porque la pena no es proporcionada a la culpa: culpa cuyo origen, si bien se considera, es el amor paternal y que se reduce a no dar seis mil reales para librar a Julian de ser soldado, dádiva á que, en buena lógica, no parece que está obligado nadie." Algunas otras faltas que este pobre hombre comete en los ocho años trascurridos entre el primero y el segundo acto, no justifican en modo alguno tan severo castigo. Esto podría parecer una impiedad; pero téngase en cuenta que Dios en este caso es el autor de *Las quintas*, que, en uso de su derecho incontrovertible, dejó a ese personaje pobre, ciego y abandonado, como pudo dejarle con vista, ó cuando ménos con hacienda.

La versificación de *Las quintas*, incorrecta á veces, al

en general fácil y galana. Si el autor combate, en su origen, cierta afición que empieza a manifestarse en él—si bien rudimentaria—á rebuznar efectos y á emplear recursos parecidos á los que usan, con frecuencia deplorable, los hábiles en el oficio de hacer comedias, producirá sin duda, en no lejano porvenir, obras que le conquisten justo renombre y duradera fama.

Ni zarzuela seria, ni obra bufa, ni drama sentimental, ni comedia de costumbres, *Pepe-Hillo* es ni más ni ménos un conjunto monstruoso de diálogos inconexos, hilvanados con el único propósito de presentar en escena la Plaza de toros.

Acontece en ocasiones que un editor de tal ó cual periódico *Ilustrado* (?), pretendiendo aprovechar antiguos dibujos y grabados casi inservibles, encarga á un cuitado que de escribir para el público se mantiene—ó lo procura al ménos—que zurza en pocas horas un artículo, ó novela, ó lo que ello fuere, en que puedan intercalarse los susodichos grabados. Lo que de tal encargo resultará no hay para qué decirlo.

Pues, *mutatis mutandis*, esto es *Pepe-Hillo*: un artículo hecho para una viñeta; un hombre hecho para un gaban; una zarzuela hecha para la Plaza de toros.

Cuadros de costumbres en los cuales ni hay costumbres ni siquiera cuadros. D. Ramon de la Cruz convertido en comensal de un torero; *Pepe-Hillo* predicando moral y democracia; la mujer del maestro echando sermones en los alrededores de la Plaza. Frases de nuestra época en agradable consorcio con *decimas* de principio del siglo... y... ¿á qué más? La empresa de los bufos ha juzgado la obra de un modo sincero, escribiendo en sus anuncios diarios: "Se advierte que el cuadro de LA CORRIDA DE TOROS (!!) tendrá lugar *(aura lieu, que decimos en castellano)* á las diez y cuarto.

El libro está juzgado por el cartel: la música nos parece digna del libro.

Ni de espacio ni de tiempo disponemos hoy para hablar de *El encapuchado*, y no nos pesa, porque obras de D. José Zorrilla, mejores ó peores, capítulo aparte merecen.

A. SANCHEZ PEREZ.

DON VALERIANO DOMINGUEZ BECQUER.

¿Qué edad tenía ayer... (Veinte años)
Y hoy... (La esterilidad)
(N. Hooq).

Hace pocos días la nueva generación de España perdió un artista, la desgracia un alma fuerte que atormentar y la naturaleza uno de sus más inteligentes y fieles admiradores.

Los que conocen la vida y las obras de D. Valeriano Domínguez Becquer, nacido en Sevilla en el año de 1834, comprenderán la verdad de las anteriores afirmaciones.

Hijo del célebre pintor sevillano Becquer, que falleció también á los treinta y cinco años, quedó con su hermano D. Gustavo huérfano de padre y madre casi desde la cuna. Pero así como desde niños la desgracia fué la terrible nodriza de ambos hermanos, también fueron sus fieles compañeros la resignación, el arte y el genio. Mientras su hermano D. Gustavo, ventajosamente conocido en la república de las letras, fantaseaba odas y poemas, el malogrado Valeriano jugaba á los dibujos y pintaba todo lo que le ocurría, y retrataba á las gentes que iba conociendo en papeles y libros, costumbre que conservó siempre, lo cual hace que en sus carteras se encuentren muchos episodios de su vida y sus viajes, hechos con admirable facilidad y gracia. Fuele siempre tanto más fácil la expresión de las ideas por medio del dibujo que por la palabra, que su correspondencia es en extremo curiosa, pues rara vez dice lo que refiere, sino que lo pinta con la pluma.

Después de salir del colegio de San Diego, dirigido por D. Alberto Lista, comenzó decididamente á dibujar bajo la dirección de su tío D. Joaquín, ventajosamente conocido, así en España como en el extranjero.

La facilidad que para componer y pintar demostró desde luego, llamó la atención en Sevilla donde, niño aún, hizo multitud de retratos, cuadros y bocetos originales, siempre á la ligera; pues la imperiosa necesidad de vivir desde su infancia con el producto de su trabajo, no le permitió nunca hacer estudios serios. Lo que hacia lo adivinaba. Ni su estilo, ni su manera, ni su color, se parecían entonces á nada de lo que allí había visto, y siempre conservó una sencillez y una espontaneidad que le hacían original.

El año 62 vino á reunirse á Madrid con su querido hermano D. Gustavo, y habiéndose trasladado éste, gra-

vemente enfermo, al monasterio de Beruela, pasaron allí un año, completamente aislados. Mientras el hermano poeta escribía allí leyendas como la de *Marc Pedro* y cartas como las intituladas *Desde mi celda*, el pintor dibujaba sin descanso ó pintaba cuadros de costumbres aragonesas como la *Vendimia*, ó de fantasía, tan originales como el *Barco del diablo* y *La pecadora*.

En esta época se fijó D. Valeriano en el estudio de las costumbres populares, taller inmenso de pintores pobres, llamando tanto la atención sus trabajos, que de vuelta á Madrid y siendo ministro de Fomento D. Antonio Alená Galiano, obtuvo una pensión, para viajar por España estudiando las costumbres. La tal pensión, aunque insuficiente, pues sólo ascendía á 10.000 reales al año, con la que había de pagar viajes, manutención, lienzos, colores y atender á la subsistencia de sus hijos, se hallaba con largueza devuelta al Estado, por la obligación de presentar todos los años dos cuadros originales para el Museo. Pero aunque vivía, viajaba y pintaba con mil trabajos y privaciones, era feliz sin embargo. Apuntaba y dibujaba mucho, rodando de aldea en aldea, llenando sus libros de episodios curiosos y pintorescos de estos viajes. A última hora, en un lugarejo cualquiera, hospedado en un sucio meson, con buena ó mala luz, con avíos ó sin ellos, pintaba los cuadros de la pensión, sin modelos, ni recursos. Así pintó ocho cuadros que están en el Museo Nacional, á saber: dos de costumbres aragonesas *el Chocolate* y *el Presente*; tres de costumbres y tipos de Soria, *las Carretas de los pinares*, *el Leñador* y *la Hilaría*; tres de Avila, *la Romería de San Soler*, *el Escudero*, y *la Vendedora de huevos*.

Todos estos cuadros están hechos de memoria, con malísimas condiciones, y sin embargo, rebosa en ellos la verdad, la espontaneidad y la gracia; pusa la costumbre de estar siempre apuntando del natural hacia que no se amanesce nunca y que hubiera en sus composiciones un gran sello de verdad. Pero por lo mismo que no se ceñía al realizar sus ideas al modelo vulgar y prosaico, tienen todas sus obras un sabor de arte y belleza, algo de selecto y distinguido, que sabia encontrar y extraer aun de las cosas más vulgares, las cuales, al pasar por su fantasía, como por químico alambique, se depuraban y perdían algo de lo material y grosero, sin dejar de ser verdad.

En estos tres años y para poder atender á su subsistencia, difícil con los 10.000 reales, fué cuando probó á instancias del Sr. Rico, tan artista como bueno y leal amigo, á dibujar algo en madera, é hizo la colección de dibujos de costumbres que empezaron á llamar la atención en *El Museo Universal* de Gaspar y Roig.

Al llegar la revolución, entre otras economías suspendieron su pensión. Era tan poca cosa y la devolvía en dos ó tres cuadros anuales con tanta usura, que á nuestro modo de ver hicieron mal, toda vez que la colección de nuestras costumbres y tipos, prontos á desaparecer, hubiera sido tanto más interesante cuanto más completa. Aunque la pensión no era una canongía ni mucho ménos, sin embargo, el sintió mucho perderla porque desaparecía la base para seguir sus instintos, corriendo de pueblo en pueblo, pintando y dibujando al aire libre. Con esta desgracia coincidió la dimisión que hizo su hermano D. Gustavo del cargo público que desempeñaba y el rudo trabajo sin objeto, el dudoso mañana, el agitado presente, todo cuidadosamente escondido bajo el manto de la propia dignidad, volvió á ser el diario tormento de aquellas almas, y el negro velo que cubría los sueños brillantes del artista.

Bajo los auspicios del Sr. Gasset y Artina, se creó LA ILUSTRACION DE MADRID, que dirige D. Gustavo, y en la que D. Valeriano ha dejado trazos admirables de su genio como compositor y su maestría como dibujante.

El poeta vive, y llora á su perdido hermano. Tenemos la confianza de que su nombre, si logra algun dia verse desligado de las misteriosas necesidades del momento, figurará con gloria en nuestro Parnaso.

En cuanto al malogrado Valeriano, lo que queda de él, es lo que podríamos llamar la venta al menudeo de la inspiración y del arte.

Sin embargo, no se crea que la peraza fué la que le hizo pasar una vida casi ignorada en relación con su valer. Recordando un día, ante nosotros, entre chicos y grandes los cuadros originales que había pintado, resultó una lista, si se exceptúan muchos que olvidamos, de ciento once. No es posible imaginar sus dibujos con asuntos y composiciones, pues además de los muchos que regaló y publicó, se conservan seguramente en sus carteras y libros de trescientos á cuatrocientos, de los que cada uno puede decirse que es una idea y un cuadro. Esto á sus amigos no causará extrañeza; pues realmente dibujar y pintar eran en él una pasión. ¿Cuál fué

su esperanza? ¡Ah! Vivir, trabajar, para cuando llegase un día tranquilo, una mañana abundante, un año sin tristezas, apuros, ni hambres, sentarse frente á un gran lienzo en el taller que nunca tuvo, y trocar allí, con los modelos delante, con la elevada y libre inspiración por guía, en pinceladas por la gloria, todas las que en su asendereada y trabajosa vida había dado á trueque del cotidiano pan. Pero si la felicidad nunca es perfecta, la desgracia lo es muchas veces; y ella, con el frío hálito de la muerte, heló en su juventud aquel cerebro potente, aquella vista observadora, aquella mano firme y segura.

Unos pocos amigos acompañamos á su última morada los inanimados restos del joven artista.

El gran dibujante Vallejo, al abrirse por última vez la caja, pronunció con una frase entre lágrimas, la oración fúnebre y crítica del artista, murmurando:

que corre entre las puertas Sacra y Pia, y á las diez y media la columna de ataque, formada en la villa Patrizi, entró con ardimiento por la brecha abierta en la puerta Pia, continuando su avance hasta las calles de Tritone y del Quirinal. De pronto, y coronando la brecha, se presentó á parlamentar el general Kanzler, llegándose á estipular la capitulación.

En el día 21 las tropas pontificias, extranjeras é indígenas, que se habían reconcentrado en la parte de Roma llamada ciudad leonina, desfilaron ante el comandante general del cuarto cuerpo en la calle exterior que va desde la puerta Caballeggeri á la de San Pancracio, y una vez depuestas las armas fueron enviados por el ferrocarril de Civita-Vechia para los efectos de la capitulación estipulada.

El teniente general Cadorna publicó la siguiente ór-

almacenes, donde había depositados géneros de todas clases. La estación de la vía férrea, lo mismo que todas sus inmediaciones, se levantaba sobre un gran lago, llegando el nivel del agua á los estribos de los carruajes. Los marineros, con el celo caritativo que distingue á la gente de mar, iban por las calles en botes, salvando personas y efectos que estaban en apurado trance.

En la playa se hallaban varados los baños llamados este año de *Neptuno*, y en ellos se albergaban todas las noches algunos pobres que carecían de mejor habitación. Según después se ha sabido, algunos de ellos, en vista de la crudeza de la noche anterior y de la insistencia de la lluvia, habían abandonado el frágil edificio, pero en él quedaban diez personas, que puso en peligro la fuerza de la corriente que amenazaba chocar con los baños. Mucha gente desde el contramuelle contemplaba con vi-



EL BOTE SALVA-VIDAS RECOGIENDO LOS NAUFRAGOS DE LOS BAÑOS "LA ROSA DEL TURIA".

—¡Pobre Becquer! ¡Cuánto genio!...

Vallejo había visto los cuadros que no había pintado.

Nosotros, pensando en el que fue siempre nuestro leal amigo, nuestro compañero alegre en amargos días, sólo decimos:

—Uno menos...

En el catálogo de nuestra memoria esta es una completa biografía.

R. R. C.

OFFENBACH.

Por más que siempre sea oportuna, en nuestro concepto, la publicación de los retratos de aquellos hombres que se distinguen por su mérito, lo es hoy en mayor grado el de este distinguido artista, toda vez que tenemos la satisfacción de contarle entre nosotros, y que se anuncia con fundamento, al parecer, una nueva obra suya, escrita expresamente para el teatro de la Zarzuela.

La índole del talento de este autor es sobradamente conocida para que nos ocupemos de ella. Los aplausos del público europeo y americano hacen su elogio; sabemos, y de ello nos felicitamos, que este invierno Madrid contará al autor de la *Grande duchesse de Gerolstein* entre los hombres distinguidos y de mérito que honrarán sus salones.

ENTRADA DE LAS TROPAS ITALIANAS EN ROMA.

A las cinco y cuarto de la mañana del día 20 del mes de setiembre de 1870, las fuerzas del cuarto cuerpo de ejército italiano, mandadas por el teniente general Cadorna, rompieron el fuego contra el lienzo de muralla

den del día, que marca el carácter que conserva el Padre Santo en Roma, ante las tropas y el gobierno de Italia:

«Recuerdo á todas las fuerzas de este ejército que Su Santidad el Sumo Pontífice debe recibir en todas partes los honores soberanos, y que son debidos á los cardenales los honores que se tributan á los príncipes reales, siguiendo sucesivamente la gerarquía eclesiástica con arreglo á las disposiciones contenidas en el reglamento militar vigente, advirtiendo que este orden debe ser escrupulosamente observado.»

Su Santidad ha dirigido una carta á los cardenales, en la cual declara, por ser su deber y por pedírselo la voz de su conciencia, que abierta y públicamente detesta y reprueba el presente estado de cosas en Roma, manifestando que le falta aquella libertad que le es absolutamente necesaria para regir la iglesia de Dios y sostener sus derechos.

Es cuanto nosotros debemos consignar al dar cuenta de este hecho, cuya trascendencia é importancia son tan graves é inmensas.

CRECIDA DEL RIO TURIA.

Apuntaremos aquí algunos detalles que sirvan de comentario á la ilustración que hoy aparece en nuestra revista relativa á la crecida que experimentó el Turia en las altas horas de la noche del 1.º de setiembre y de que tan tristes recuerdos guardará la población del Grao.

Las aguas, saliendo del cauce, chocaron con el malecón levantado para desviar su curso de aquel punto.

El agua saltó el malecón, inundando la parte baja hasta cubrir las plazas de San Roque, Espartero, el Mercado y la calle de la Fuente Grande, entrando en las casas y almacenes sobre tres palmos de agua, y causando pérdidas en las viviendas particulares y más aun en los

visimo dolor aquellos infelices pidiendo un socorro que nadie podía prestarles desde la opuesta orilla del río.

Llegó un momento á las diez de la mañana del 2 en que el malecón no pudo sostener la enorme masa de agua que contra él chocaba, y cediendo á su impulso dió paso en línea recta á la corriente, que restableció el antiguo cauce. Entonces las aguas alcanzaron al *Neptuno*, que impulsado por uno de sus ángulos, cedió paulatinamente á un principio, girando sobre su eje, y poco después un nuevo golpe de agua lo arrastró con horror de los que presenciaban la tristísima escena.

Hay que lamentar varias desgracias personales y grandes pérdidas que ha sufrido la población del Grao. Sirvan unas y otras de escarmiento, y procédase á la construcción de obras sólidas que eviten en lo sucesivo tan deplorables catástrofes.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		EN COMBINACION CON EL IMPARCIAL.	
Tres meses.	22 Ptas.	EN MADRID.	
Medio año.	42 »	Tres meses las dos publicaciones.	33 Ptas.
Un año.	81 »	Medio año.	52 »
EN PROVINCIAS.		Un año.	100 »
Tres meses.	26 »	EN PROVINCIAS.	
Seis meses.	50 »	Tres meses.	37 »
Un año.	102 »	Medio año.	70 »
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.		Un año.	130 »
Medio año.	55 »	CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Un año.	109 »	Medio año.	200 »
AMERICA Y ASIA.		Un año.	350 »
Un año.	210 »	Cada número suelto en Madrid.	
Cada número suelto en Madrid.	4 »		